

Jose Luis Urrutia

César Borgia
El hijo de Papa

Título: César Borgia. El hijo del Papa

Autor: Jose Luis Urrutia

Portada: Esteban Montorio

Edición

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703934

Fax 948 704072

txalaparta@txalaparta.com

www.txalaparta.com

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, junio 2008

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

© Jose Luis Urrutia

Fotocomposición

arte 4c

Fotomecánica

arte 4c

Impresión

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.

978-84-8136-513-9

Depósito Legal

NA.1627-2008



“Amargo en la venganza, tal me lo describen muchos. Sin embargo es un espíritu de amplias miras, que busca la grandeza y la gloria”.

Pandolfo Collenuccio, poeta y filósofo

“Es persona de gran ingenio e índole exquisita y excelente; sus ademanes son los propios del hijo de un gran príncipe y tiene el humor particularmente sereno y alegre, siempre dispuesto a la fiesta. Posee una gran modestia y su porte es mucho más digno y produce mejor efecto que el de su hermano, el duque de Gandía, aunque tampoco falten a éste las buenas partes”.

Gianandrea Boccaccio, obispo de Módena
y embajador de Ferrara en Roma

“Este señor es muy espléndido y magnífico, y tan animoso en las armas que no hay cosa tan grande que no le parezca pequeña, y por obtener gloria y adquirir estado jamás descansa ni conoce fatiga o peligro; llega primero a un lugar antes de que se pueda conocer la partida de donde se ha levantado; se hace querer de sus soldados; ha acaparado los mejores hombres de Italia: cosas todas que lo hacen ser victorioso y formidable”.

Niccoló Machiavelli, secretario de la República de Florencia

“Reunidas ya, por tanto, todas las acciones del duque, no sabría reprochárselas: es más, me parece oportuno, como he hecho, ponerlo como modelo a imitar para todos aquellos que por su fortuna o con las armas de otros han alcanzado el imperio; porque él, teniendo grande el ánimo y elevadas intenciones, no podía obrar de otra manera”.

Niccoló Machiavelli, secretario de la República de Florencia

“Este César no fue menos famoso que Julio César, cuyo nombre llevaba. ¡Descanse en paz su alma!”.

Lorenz Beheim, humanista y armero mayor del
Papa Alejandro VI

Roma 16 de junio de 1497

Aquella mañana ningún comercio ni taller de Roma se atrevió a abrir sus puertas. Durante toda la noche, grupos de españoles armados habían recorrido la ciudad a la luz de las antorchas, buscando a gritos a su señor, el duque de Gandía. Patrullas de guardias papales entraron por la fuerza en casas y palacios, violentaron mesones y tabernas del barrio del Trastevere, al otro lado del Tíber, registraron mansiones, haciendas e interrogaron a nobles, obispos, hombres de negocios y cortesanas de acreditado nombre.

El duque había desaparecido la madrugada anterior. El escudero que le acompañaba fue encontrado en un callejón próximo a la plaza de Giudea, acuchillado, agonizando, nadando en su propia sangre. Falleció sin poder abrir la boca. A la claridad confusa de la luna se vio al caballo del duque cruzar al galope, enloquecido, las calles del centro de la ciudad.

El amanecer iluminó una Roma desierta y extraña, tensa, ausente de sonidos y ruidos cotidianos. Ni siquiera los pastores habían subido sus rebaños a las colinas. Todas

las mentes estaban fijas en el mismo pensamiento, todos los silencios temblaban por el mismo temor, y todos los ojos, parapetados tras las maderas de las contraventanas, miraban en dirección a la plaza de San Pedro, buscando un indicio, una respuesta, un alivio, en los ventanales, las torres, los miradores, las puertas de los edificios papales. A primeras horas del día, una solitaria figura recorría la larga avenida del Borgo y, tras subir los peldaños, llamaba a la puerta del palacio Vaticano.

–Deseo ver... a quien sea –farfulló temeroso, retorciendo su bonete entre las manos–. Tengo algo que decir respecto... respecto a su Excelencia el duque de Gandía.

Los guardias le observaron con recelo. En cualquier otro momento lo hubiesen echado a patadas, pero bajo aquellas circunstancias le hicieron pasar sin pérdida de tiempo.

–La noche del... miércoles al jueves... me encontraba tumbado a la orilla del río, muy cerca del hospital de San Girolamo degli Schiavoni...

–¿Qué hacías a esas horas en el río? –inquirió el cardenal César Borgia.

–Cuidar de mi carga de leña, Eminencia –contestó el barquero.

–Sigue.

–Faltaba poco para el alba cuando me despertaron unos pasos y unas voces... no quiero decir que hablaran o se movieran de cualquier manera, todo lo contrario, pues apenas cambiaron dos palabras y sus pasos eran sigilosos y como vigilantes, pero cuando se tiene el sueño ligero... Vi dos hombres que salieron del callejón y más tarde se volvieron, y luego otros dos, que, después de mirar en derredor, hicieron una señal y apareció un jinete sobre un caballo blanco, que llevaba cruzado en la grupa el cuerpo de un hombre... de un hombre muerto.

–¿Cómo sabes que estaba muerto?

–Por la manera en que colgaba su cabeza, Eminencia, y por su flojedad cuando los dos hombres de a pie lo cogieron y lo arrojaron al río. Era... era un guiñapo, Eminen-

cia. Se hundió pronto, por lo que pude ver desde mi sitio, pero como la capa del infortunado quedaba flotando, la hundieron a pedradas. Luego marcharon por donde habían venido.

—¿Por qué razón no diste aviso en aquellos mismos momentos? —preguntó uno de los agentes del Papa.

El barquero se encogió de hombros con total naturalidad.

—A lo largo de mi vida he visto más de un centenar de casos semejantes, señor, sin que nadie preguntara por el desaparecido y sin que ello afectara a la vida de la ciudad. Sólo me alarmé al enterarme de que se estaba buscando a su Excelencia el duque de Gandía.

Más de trescientos pescadores y barqueros rastreaban las lentas aguas del Tíber antes del mediodía. Lentamente, corriente arriba y abajo, hundían sus largas varas y echaban sus redes con la esperanza y el temor de topar con algún bulto. Desde las riberas, decenas de ciudadanos seguían las operaciones con un nudo en la garganta. Patrullas de soldados recorrían los márgenes apartando la maleza, inspeccionando cada barcaza, cada caseta.

—¡Aquí, aquí!

Los gritos del pescador paralizaron todos los movimientos y atrajeron todas las miradas. A una orden del cardenal, media docena de guardias montaron en una barca y remaron hasta la del hombre que no cesaba de tirar esforzadamente de sus redes sin conseguir alzarlas. Entre los siete consiguieron sacarlas a flote. Nadie desde las orillas pudo distinguir poco más que una masa de ropajes empapados y manchados de barro, pero por los gestos y movimientos de los hombres que lo estaban examinando supieron que la búsqueda podía haber llegado a su fin.

El cadáver fue depositado sobre la hierba. Uno de los oficiales fue el encargado de liberarlo de las redes. De rodillas, mientras a sus espaldas los soldados alejaban a la multitud, fue retirando los hierbajos y plantas pegadas. Descubrió las manos atadas a la espalda, la espada colga-

da al costado, los guantes sujetos al cinturón y una bolsa con treinta ducados. Luego, las heridas repartidas por todo el cuerpo y el tajo brutal que prácticamente le había separado la cabeza del tronco. Apartó los cabellos, sucios y alborotados, que ocultaban su rostro e, incapaz de soportar la visión, escondió la cara en el pecho.

Era ya noche cerrada cuando se abrieron las puertas del castillo de Santangelo. Los bisbiseos cesaron de golpe. Las llamas de los ciento veinte hachones iluminaron el ataúd recubierto con un paño de brocado. En un silencio de pasos lentos y sollozos inevitables cruzaron el puente sobre el Tíber. Envueltos en el mismo silencio, pegados a las casas, arracimados en ventanas y balcones, temerosos hasta de respirar, los ciudadanos de Roma veían acercarse la lúgubre procesión. Al llegar al lugar en el que el desdichado duque había sido encontrado ese mediodía, el cortejo fúnebre se detuvo; entonces, los soldados de los Borgia desenvainaron sus espadas y, alzándolas al cielo negro de la noche, como si quisieran atravesarlo, gritaron a coro juramentos de venganza. Un llanto de mujer puso la rúbrica al tenso instante. Algunos de los vecinos que observaban la escena desde las sombras salieron corriendo, amedrentados por aquellas voces preñadas de violencia, cuyo eco los persiguió por las tortuosas calles. Otros permanecieron en el sitio, rezando porque todos los enemigos de los Borgia se encontrasen encerrados en sus palacios y mansiones, y porque los asesinos del duque de Gandía se hallasen en aquellos momentos lejos, muy lejos de Roma. Con aquellos ánimos abiertos como una herida, la mínima provocación haría estallar una batalla campal como jamás se había conocido. A lo lejos se oyó el aullido lastimero de un perro, y muchos, tan aterrados estaban, llegaron a pensar que eran los lamentos del propio Papa, llorando la muerte de su hijo.

La iglesia de Santa María del Popolo acogió con su fría belleza el féretro del joven asesinado. El sagrario de mármol, el cuadro de la Virgen, los cuatro santos, oscuros y mudos, lo vieron pasar camino de la capilla de Santa Lucía,

camino de la cripta familiar en la que iba a ser sepultado. Mientras lo introducían en la oscuridad de piedra, entre rezos, llantos y bendiciones, César Borgia, confundido entre los principales cardenales, amparado en las sombras que los hachones no lograban desterrar, pasaba la mirada, lentamente, por los presentes: dignatarios, secretarios, embajadores, obispos, familiares... Vio a su primo, el cardenal de Monreale, pálido, desencajado, con una pena cruda e incurable clavada en los ojos; a su hermano Jofré, que parecía estar esperando que en cualquier momento alguien le dijera que todo aquello era mentira, que sólo era una farsa, una comedia; a Sancha, su cuñada, empequeñecida en una actitud de fierecilla asustada; a Johannes Burkhard, el maestro de ceremonias del Vaticano, adusto y hermético; al querido Lorenz Beheim, armero mayor de su padre, incapaz de ocultar su dolor en su gesto serio... Vio a Vanozza, su madre, al fondo, camuflada entre un coro de damas, discreta como siempre, como siempre presente pero anónima. Vio su mirada doliente arder en la hoguera de los cirios, y pensó que ningún artista encontraría mejor modelo para pintar la angustia de la Virgen ante el cuerpo sin vida de Cristo. Se preguntó qué estaría pensando al ver cómo Juan era introducido en el panteón que ella misma había encargado construir, convencida, sin duda, de que jamás asistiría a un momento tan desgarrador como aquél, de que jamás vería enterrar a ninguno de sus hijos.

Vanozza Cattanei abandonó Santa María del Popolo con la misma discreción con la que se había unido al cortejo fúnebre. Acompañada por una de sus damas y dos sirvientes regresó a su villa en las cercanías de San Pedro in Vincoli, al pie de la colina Esquilina. Pidió que la dejaran sola y salió al patio exterior, junto a la fachada trasera de la residencia. Avanzó sin rumbo en las penumbras por el senderillo de los jardines hasta llegar al banco de piedra. Lo miró como si nunca antes lo hubiera visto. Se sentó. Una brisa tibia corría por los viñedos y levantaba susurros entre los frutales del huerto. Una única pregunta, ¿Por qué?, se repetía en su mente como un martilleo imposible de detener, pero no buscaba respuesta. Saberlo no

iba a aliviar su dolor. Tampoco se interrogó por los culpables. Fueran quienes fuesen, fuera por lo que fuese, nada importaba para ella. Su hijo ya no estaba, ése era el verdadero drama.

Volvió la cabeza hacia el patio, hacia el lugar exacto bajo los parrales en el que dos noches atrás habían compartido cena, la última cena de Juan. No estaban ya la mesa ni las sillas, ni las luces, pero todavía vibraban en el aire las alegres conversaciones, la risa aguda de Jofré, la voz templada de César, la alocada locuacidad de Juan.

—No hay ciudad como Valencia para el disfrute de la vida, querida cuñada —decía con su copa de vino en la mano, respondiendo a una pregunta de Sancha—, y no sólo en Italia, sino tampoco en la propia España. Ni Sevilla, ni Barcelona, ni Toledo gozan de su clima, ni de su alegría. Y no me refiero a si en Valencia hay más o menos palacios, torres o campanarios que en Roma, o que en Nápoles, o que en las mismísimas Venecia y Florencia. Yo hablo de la vida, del carácter de las gentes,... ¿Concebiríais en nuestra querida Roma el poder salir a la calle una noche cualquiera, la de hoy mismo por ejemplo, sin escolta alguna, y encontraros las plazas llenas de gente, y las calles, y las tabernas, y poder bailar y pasear y reír hasta la madrugada, y poder deleitar el gusto en las muchas tiendas de refrescos y dulces que permanecen abiertas hasta que sale el sol? Y no voy a hablar de las mujeres por respeto a vos y a las demás presentes en esta mesa, pero sí os digo que las mujeres valencianas no tienen parangón. Ni en su hermosura, ni en su manera de vestir, ni en su forma de tratar a los hombres.

Valozza, viendo a su hijo en la fiebre de su ensoñación, sacudió amorosamente la cabeza. Nunca cambiaría. Lo vio allí, corpulento y hermoso, comiendo en exceso y bebiendo sin moderación, como hacía con todo en la vida. En la vida... la palabra le devolvió a la realidad y la luminosidad de los candiles que iluminaban el festín se convirtió de golpe en una oscuridad que le hizo daño. Un vacío frío ocupaba el hueco de la mesa, de las sillas, de los comensales, de los sirvientes. Su última cena, reparó de pronto, y una mano cruel le oprimió el corazón. Se levantó y caminó hacia el patio. Como una sonámbula, iluminada

tan sólo por el lejano reflejo de dos candiles colocados a lo largo de la fachada, se dirigió hacia la parte delantera de la casa por el paseo pavimentado con azulejos de colores. Llegó hasta la puerta de la villa. Allí lo había besado por última vez, allí le había deseado buen viaje, ¡qué irónico podía llegar a ser el destino!, allí había visto por última vez alejarse sus llamativos ropajes a la turca, sus andares estrepitosos, sus radiantes veinte años.

—¿Por qué? —musitó con voz trémula, apretando los labios para evitar el llanto.

Luego exhaló un ruidoso suspiro y dio media vuelta. Antes de entrar en la casa vaciló, asustada ante la idea de quedarse a solas con sus recuerdos.

El papa Alejandro VI permaneció tres días consecutivos encerrado en sus aposentos, despachando violentamente a quienes querían atenderle, negándose a recibir alimentos y bebidas, abandonado a un llanto roto e inconsolable. Sus lamentos traspasaban los muros del Vaticano, apagándose tan sólo cuando el agotamiento le cortaba la respiración, para reanudarse, recuperado el aliento, con más fuerza y desgarró. En las noches se le sentía recorrer de una punta a otra sus estancias, arrastrando los pies, golpeando las paredes, llamando a gritos a su hijo muerto hasta que la ronquera convertía su voz en un rugido ininteligible.

Una mañana abrió las puertas y llamó a sus ayudantes. Ordenó que avisaran a Perotto, su camarero, para que le aseara y rasurara, y dictó una cédula convocando en consistorio a los cardenales para esa misma tarde. Se presentó ante ellos y ante los embajadores acreditados en el Vaticano que se encontraban presentes con paso lento e indeciso, llegó hasta su sitial y tomó asiento pesadamente. Todos guardaron un inquieto silencio ante el aspecto macilento del Pontífice. César Borgia bajó la cabeza, preocupado. Alejandro elevó al frente una mirada desvalida, abrió los labios como si le costara un inmenso esfuerzo y habló con una voz cascada que intentaba sonar firme.

—Dios Nuestro Señor, en su infinita justicia, sabe premiar o castigar a cada una de sus criaturas con aquello que más les alegra o con aquello que más les aflige, a cada uno por separado y en su justa medida. Él ha querido arrebatarnos a Juan Borgia, nuestro gonfalonero y capitán general, y con ello ha demostrado su sabiduría y su perfecto conocimiento de nuestros sentimientos —calló, tragó saliva, tomó aire—. No podíamos experimentar dolor mayor que éste, puesto que lo queríamos todo lo que es posible querer. Para Nos ya no tiene ningún valor el Papado, ni otra cosa alguna; es más, si tuviéramos siete Papados, los daríamos todos con tal de recuperar la vida del Duque. Dios, por nuestros pecados, ha querido castigarnos con esta prueba tan dura, no porque el Duque mereciera una muerte tan abominable y misteriosa. ¡Que Él perdone a quien haya cometido el crimen!

Sus gruesos labios temblaron, y en sus ojos, hinchados y enrojecidos por las horas de vigilia y llanto, brilló una lágrima que no llegó a resbalar.

—Este escarmiento tan crudo nos ha hecho ver la vergüenza de nuestro pontificado, y es tanto el asco que de Nos mismo siento que de nuestra debilidad haremos tesón para cortar de raíz todo el mal cometido.

Un murmullo de asombro surcó la sala como un cuchillo afilado. Cardenales y embajadores se buscaron con la mirada, confesándose su sorpresa. César crispó las mandíbulas y apretó los puños.

—¡No más concesiones a la carne! —exclamó Alejandro con súbita energía—. ¡No más favores gratuitos a parientes ni amistades! Nuestros pecados hacen tambalearse los cimientos del templo levantado por Pedro, nuestras debilidades enturbian la mente de las gentes y favorecen el trabajo del maligno, que no duda en apartarlas del recto camino —hizo una pausa en la que no se oyó el más leve susurro—. Todo eso es pasado. Tenemos ya redactadas las bases para formar una comisión destinada a detectar los abusos y los vicios que afectan a nuestra religión. Seremos especialmente severos con los delitos de simonía, con el concubinato,...

Acabó su parlamento con respiración fatigada. Alzó la vista a las alturas de la sala como buscando una visión imposible y, levantándose con dificultad, se encaminó hacia la salida entre el regocijo de unos, la consternación de otros y el estupor de todos al ver cómo, el hasta hacía unos pocos días jovial y risueño Pontífice, desfilaba ante ellos como un anciano enfermo.

César aguardó en su escaño hasta que todos fueron marchando poco a poco. Cuando el bisbiseo de sus conversaciones se apagó y no quedó en la cámara nada más que el leve crepitar de los hachones colgados de las paredes, se incorporó y salió en dirección a los aposentos de su padre. Lo encontró sentado en su sillón situado junto a uno de los miradores que daban sobre los jardines. Fue tal la indiferencia del Papa que evitó el saludo. Se mantuvo a su lado, de pie, con las manos unidas a la espalda y la mirada perdida, al igual que la de él, en el anochecer que iba adueñándose paulatinamente del cielo, de los edificios.

–Quería hablaros del viaje a Nápoles –dijo mucho rato después.

Alejandro giró la cabeza y lo miró como si no supiera de qué le hablaba.

–¿Qué viaje a Nápoles? –preguntó frunciendo el entrecejo.

César se alarmó ante la aparente perturbación de su padre, pero supo al instante que era perfectamente consciente de lo que decía.

–¿No has escuchado mi discurso? –inquirió el Papa–. Creo que no he podido hablar más claro.

–Cierto. Y lo he escuchado con suma atención, como a todo lo que decís –puntualizó con intención–, mas estimo que el viaje a Nápoles nada tiene que ver con ello.

–Sí tiene que ver. Ese viaje no tiene ya ningún sentido –replicó Alejandro volviendo la vista al vacío del otro lado del mirador abierto.

–Nos conviene coronar personalmente a Federico. Nos ganaremos su favor y alejaremos las pretensiones del rey

de España. Vos mismo disteis los pasos para que todo fuera así. No debemos desaprovechar la oportunidad.

–De ahora en adelante nuestro único interés se centrará en los asuntos propios de la Iglesia. De los asuntos terrenales que se encarguen los príncipes terrenales.

El joven cardenal fijó sus ojos negros en la rotunda cabeza de aquel hombre que de pronto no reconocía. Era como si fuera la primera vez que veía aquel cráneo pelado, aquella piel morena, dura, salpicada de pequeños lunares oscuros, aquella corona de pelo lacio ciñendo su nuca y sus sienes, porque lo que estaba oyendo de sus labios le resultaba imposible de creer.

–Todos los asuntos que incumban al hombre son responsabilidad de la Iglesia –repuso, esforzándose por mostrarse humilde.

–Pero desde su lugar, no desde uno que no le corresponde. Ése ha sido mi error durante muchos años y ése mi pecado: ocupar un espacio que no era mío, arrogarme un papel que no me correspondía –calló con un gesto de cansancio–. Sólo me queda agradecer a Dios que me haya mostrado el verdadero camino, aunque haya sido de manera tan... dolorosa.

César se mordió la lengua e hizo acopio de fuerzas antes de continuar.

–Estimo que dentro del cometido de la Iglesia figura también el buen entendimiento con señores y reyes, pues ello contribuye a la concordia y a la paz –estudió el perfil de su padre, que permanecía callado, apagado–. Es mi intención continuar adelante con lo acordado con Federico de Nápoles. Solicito vuestro permiso, rogándoos que no veáis en ello una desobediencia, sino un sincero acatamiento y la voluntad de mantenerme fiel a vuestros designios.

Un imperceptible rictus de desagrado fue la única reacción del Pontífice. Tardó en responder, y cuando al fin se decidió lo hizo con una hiriente indiferencia.

–Haz lo que quieras.

César realizó una respetuosa reverencia, se despidió y caminó en la penumbra de la estancia hacia la puerta.

–¿Por qué no cuidaste de tu hermano?

Se detuvo en seco. La pregunta había sonado rota, desgarrada, acusadora. Girando la cabeza observó por encima del hombro el sillón encarado al ventanal. Volvió sobre sus pasos.

–¿Me hacéis responsable de su muerte?

Los ojos saltones de Alejandro VI, hinchados por los días de llanto, seguían perdidos en la nada. Ya no mostraban apatía, sino un infinito sufrimiento.

–¿Por qué no cuidaste de él? –repitió sin fuerzas.

–Tal vez era él quien tenía que cuidar de mí –repuso sin reproche, pero también sin apocamiento–. Él era el capitán general de la Iglesia, yo un simple cardenal.

–Entre los Borgia nadie es más que nadie –replicó su padre con rabia, crispando los dedos, como garras, en el reposamanos del sillón–. Todos debemos cuidar de todos, todos somos responsables de todos –sus gruesos labios temblaron de ira, de dolor–. Tú eres el mayor, tuya es la máxima responsabilidad sobre tus hermanos.

César abatió la cabeza. Cerró los ojos para no ver las lágrimas que enturbiaban la mirada de su padre. Apretó los dientes para no decir lo que no debía.

–¿Cómo permitiste que se fuera en la madrugada, sin la debida escolta?

–Intenté convencerle de que siguiera con nosotros, pero resultó inútil.

–Juan... –gimió–. Sólo tenía veinte años... ¿Quién, quién lo ha matado? –preguntó en un grito desesperado, mirando a su hijo.

Éste calló, incapaz de responder. Alejandro ocultó su rostro entre las manos y se entregó a un llanto ronco. César lo vio agitarse, encorvado sobre sí mismo; sintió el impulso de arrodillarse a su lado, de abrazarlo y dejar que descargara en su hombro toda la amargura que lo estaba matando, pero lo dejó solo. Mientras se alejaba por los pasillos oyó su tos, mezclada con lamentos y con el nombre de su hermano, pronunciado en un sollozo inconsolable.

Una semana después la comitiva hacia Nápoles se puso en camino. La que debía haber sido una caravana numerosa y colorista no fue sino un discreto número de viajeros que, lejos de impresionar por su fastuosidad, inspiraba lástima y un incómodo terror, pues todos ellos, desde el propio César hasta la última de las mulas, pasando por palafreneros, soldados y sirvientes, vestían completamente de negro. El joven cardenal abandonó Roma con el porte digno y la mirada dolida; la despedida del Papa, su padre, había sido distante, ausente del calor que siempre le había profesado, y a su regreso, dos meses después, fue recibido de igual manera. Flanqueado por los miembros del Sacro Colegio se presentó ante él con la esperanza de recibir un abrazo paternal, pero se encontró con el más impasible de los semblantes y una boca que no le dirigió el menor saludo. Respetuosamente se quitó la birreta, le besó en la mano y en el pie y el Pontífice, como al resto de sus acompañantes, correspondió con un gélido beso en la mejilla.

Se retiró en silencio, tan apesadumbrado que ordenó a uno de sus sirvientes excusar su presencia en la cena organizada por un grupo de cardenales para celebrar su retorno. Pasó la noche en vela, sufriendo el paso de las horas como un suplicio interminable. Al alba se levantó y llegó hasta la ventana, abrió las contraventanas y se enfrentó al aire frío del amanecer. El cielo se iluminaba ya con las primeras claridades, desperezándose en una suave gama de tonos amarillos y azulados. Trinos confundidos saludaban al nuevo día desde los cipreses y los pinos. Llenó de aire los pulmones hasta sentirlos quejarse y lo expulsó violentamente entre los dientes. Un tímido rayo de sol acarició fugazmente uno de los muros del jardín.

Llamó a sus pajes, les ordenó que le preparasen el desayuno y que le tuviesen listas las ropas de montar. Se encontraba aseándose cuando Perotto, el primer camarero del Papa, se presentó comunicándole que el Santo Padre lo esperaba en sus aposentos al toque de la hora tercia.

Todavía vibraban en el cielo de Roma las dos campanadas cuando César anunció su visita. Alejandro se encontraba en su cámara de trabajo despachando unos documentos

con su secretario español, Bartolomé Flores, arzobispo de Cosenza.

–Seguiremos más tarde –le indicó al serle comunicada la llegada del cardenal Borgia–. Nada de esto me urge. Id cumplimentando los formulismos acostumbrados y más tarde os dictaré las cartas. No, no os mováis de aquí –dijo al ver que Flores recogía su carpeta–. Recibiré a Su Emi-nencia en otra sala.

–Como mandéis, Santo Padre.

Alejandro levantó de la silla su ostentosa corpulencia y salió al encuentro de su hijo. Se miraron en silencio. César inclinó respetuosamente la cabeza, gesto al que el Pa-pa respondió con un leve asentimiento.

–Ven –dijo–, pongámonos cómodos.

Obedientemente, lo siguió hasta la Cámara del Papa-gayo, de donde pasaron a la pequeña Cámara de Audien-cia y desde ésta al Salón del Trono, en el que tomaron asiento en dos sillones forrados de terciopelo rojo, a jue-go con el mármol de la pequeña mesita situada entre am-bos. El Pontífice permaneció unos momentos sumido en una abstracción semejante a la que solía mostrar antes de sus disertaciones; luego, asentándose, carraspeó en una tos débil.

–Durante este tiempo que has estado lejos –comen-zó– he estado pensando en varias cosas –hizo una pausa–. La muerte de tu hermano me ha hecho ver realidades en las que antes no reparaba, o en las que, quizás, no reparé lo debido. Ocasiones sobradas tendremos de hablar so-bre ello y de discutirlo las veces que sea necesario. Hoy, que ya lo tengo del todo decidido, tan sólo quiero hacér-telo saber –buscó sus ojos y penetró hasta el fondo de ellos antes de desvelar el misterio–: es mi deseo que abandones los hábitos.

Quedaron mudos, entroncadas sus miradas a medio camino en un pulso que César no supo deshacer y que Alejandro ya había previsto y que prolongó hasta que consideró oportuno.

–¿No tienes nada que decir?

–Tan sólo una pregunta: ¿por qué?

Alejandro VI suspiró. Unió sus grandes manos sobre la barriga y entrecerró los parpados en un gesto de reflexión.

–Porque la Iglesia necesita de un brazo fuerte, de una mente despierta y de un corazón caliente. Cualidades que tú posees.

–Y que puedo desarrollar sin renunciar a la púrpura.

–Para los designios que yo tengo pensados para ti, los hábitos constituyen un impedimento. La Iglesia es el pastor de los hombres –continuó–, y como todo buen pastor, para cuidar debidamente de su rebaño necesita de un perro que lo vigile y lo proteja de todo peligro, que permanezca siempre alerta, que enseñe los dientes a la manada de lobos que acechan tras cada cerro y que los devore si es preciso –sus saltos ojos negros destellaron con un brillo especial–. Quiero que tú seas ese perro pastor.

A pesar de que no se alteró ni un solo músculo de su rostro, el pulso del joven cardenal comenzó a galopar como un caballo desbocado. Se preguntó dónde estaban aquellas innovadoras ideas de tan sólo dos meses atrás, aquellos propósitos de enmienda, de ocuparse únicamente de los asuntos de la Iglesia. “De los asuntos terrenales que se encarguen los príncipes terrenales” recordó haber oído de aquellos mismos labios que ahora decían todo lo contrario. Pero no intentó encontrar respuesta por sí mismo ni pedir una explicación. Tan sólo le importaba que su padre, el Papa de Roma, el Padre de la Cristiandad, volvía a ser el mismo de siempre, que le miraba de nuevo a los ojos y que contaba con él para sus propósitos.

–¿Queréis que ocupe el lugar de mi hermano? –preguntó.

–Quiero que ocupes tu lugar. El lugar que te corresponde. Ser gonfalonero y capitán general de la Iglesia es algo que honra a quien lo ostenta pero que a nadie pertenece de manera vitalicia. No vienes a ocupar el puesto de nadie, sino el que el destino y yo, como fiel intérprete suyo, hemos acordado para ti, mirando por tu bien y por el de la Iglesia.

César desvió la mirada, en un gesto instintivo por ocultar sus emociones.

—Es un paso delicado que deberemos medir con cautela —dijo el Papa—. Habremos de lidiar con muchos toros, vencer muchas trabas y, sobre todo, preparar el terreno para que tu vuelta al estado seglar cuente con las mayores garantías, tanto en lo personal como en lo económico. Tengo todo perfectamente ordenado aquí —dijo tocándose la frente con los dedos—, pero nada de lo que yo pueda disponer tiene valor si falta lo más importante: tu aceptación. La decisión está en tus manos, hijo mío.

Se miraron a los ojos, serenamente, sin duelo. César vio al hombre maduro, impredecible y resuelto que había conocido desde niño. Nada quedaba ya del anciano vencido y resignado de antes de su partida a Nápoles. Advertía en su mirada penetrante la impaciencia por saber su respuesta y al mismo tiempo la seguridad de que ésta iba a ser afirmativa. Alejandro vio al joven ambicioso, arrojado y frío con el que, quizás, debiera haber mantenido esa conversación mucho antes, muchos años atrás, pero eran otros tiempos y aquel presente lo condicionaban otras circunstancias. De nada valía lamentarse ahora; el pasado sólo servía para acumular experiencias, no remordimientos. Intentó traspasar la frontera de aquellas pupilas fijas en las suyas, pero le fue imposible; ni él, que tan bien lo conocía, era capaz de saber a ciencia cierta lo que ocurría en el interior de aquella cabeza cuando César se aislaba y ponía una barrera entre él y el mundo. Estaba convencido de que aceptaría su propuesta, por muchas razones, pero el silencio del joven cardenal comenzaba a provocarle una creciente angustia.

—Sea como habéis dispuesto.

El semblante de Alejandro VI se iluminó con una sonrisa plena. Abrió los brazos con la misma solemnidad con que lo hacía ante la multitud desde el balcón de las Bendiciones de la basílica de San Pedro, se alzó con una ligereza impropia de su peso y abrió el pecho a su hijo, quien, incorporándose, se entregó al abrazo. Ambos, similares en estatura pero bien diferentes en complexión, se estrecharon férrea, tiernamente.

–Hijo mío –exclamó el Pontífice en su querido dialecto valenciano–. Hoy es un día grande para mí. Nunca sabrás lo orgulloso que me siento de ti.

–No más que yo de ti, padre –contestó el joven, tuteándole, como siempre que hablaban en aquella lengua.

Envolvió el rostro alargado de César con sus grandes manos, posándolas suavemente sobre sus mejillas, mirándole a los ojos con alegría desbordada. Con un gesto lo invitó a sentarse de nuevo.

–Que nuestro acuerdo continúe siendo un simple rumor para los demás. A quien te pregunte por ello respóndele como tú sabes; que se emborrachen de dudas, que se empachen de elucubraciones, que no ocupen su tiempo en otra cosa que no sean nuestras intrigas, que nosotros iremos trabajando en la sombra. Eso sí, dentro de la turbiedad debe quedar claro que tal idea parte de ti; nos hará más fácil alcanzar nuestros propósitos. Toda la verdad, “nuestra verdad” –puntualizó con énfasis–, ya la conocerán en su debido momento –se echó hacia atrás en su sillón y ensombreció el gesto.

–Descuidad, padre. Obraré tal como me pedís.

–El cuidado de nuestra empresa nos obliga a no descuidar otras cosas que pueden parecer secundarias en estos momentos, pero que tienen mucho que ver con lo que estamos hablando. Una de ellas es poner fin de una vez al embarazoso matrimonio de tu hermana con ese maldito Sforza. Nos urge hacerlo.

–Me encargaré de ello.

–Por otra parte, has de saber que he ordenado interrumpir la investigación para esclarecer el asesinato del duque de Gandía, mi hijo, tu hermano.

El ceño de César se contrajo.

–¿Qué queréis decir? –preguntó.

–Que desde hace unos días, la investigación se ha detenido de forma oficial.

–Pero... –protestó, incrédulo–. No ha habido tiempo para...

La mano de su padre tendida al frente, como parando su ímpetu, lo hizo callar.

—He dicho que la he mandado detener de forma oficial. Todos los países, todos los gobiernos, deben saberlo ya a estas horas. Pero nuestra investigación particular no ha hecho más que empezar. Hijo —pronunció con una gravedad estremecedora—, de ahora en adelante deberemos mantenernos más unidos que nunca. Ya hemos visto hasta dónde están dispuestos a llegar nuestros enemigos a la hora de hacernos daño —se levantó lentamente, paseando frente al joven atrás y adelante, al otro lado de la mesita de mármol rojo—. No me obsesiono por saber quién fue el autor material del crimen ni quiénes los instigadores. En estos momentos carece de relevancia.

—No os entiendo, ¿cómo podéis decir tal cosa?

—Escucha, César: los asesinos de tu hermano no son los Orsini, ni los Colonna, ni los Savelli... los asesinos son todos, y de todos deberemos prevenirnos y a todos atacar sin piedad. Y lo haremos sin escándalos, sin alardes... sin investigación. Sin ella nadie se sentirá especialmente inculgado, pero todos se sentirán culpables. Nadie podrá decir que la ley le persigue, pero todos notarán nuestra sombra a sus espaldas, una sombra tan fría que les helará la sangre, y tan implacable que no reparará en nombres ni afinidades a la hora de aplicar castigo.

Tomó asiento y tras permanecer unos segundos con los párpados cerrados los abrió de nuevo y exhaló un profundo suspiro.

Después, girándose hacia la puerta, llamó a uno de sus ayudantes. —Comunica al arzobispo de Cosenza, mi secretario, que solicito su presencia —ordenó—. Se encuentra en mi cámara de trabajo.

Bartolomé Flores se personó sin demora.

—Santo Padre... —saludó—. Eminencia... —repitió la discreta reverencia dirigiéndose a César.

—Monseñor... —devolvió éste desde su sillón.

—Bienvenido de nuevo a Roma, Eminencia —dijo con una humilde sonrisa—. Ya me he hecho oídos de vuestro exitoso viaje a Nápoles. Mis más sinceras enhorabuenas.

–Gracias, Flores. ¿Cómo van vuestros asuntos?

–Bien, gracias a Dios.

–Me place saberlo.

–Muchas gracias, Eminencia. Sin duda alguna...

–Bartolomé Flores –interrumpió el Papa con una brusquedad que sorprendió a los otros dos–. Desde este mismo instante consideraos preso. ¡Guardias!

El arzobispo parpadeó incrédulo, perplejo.

–¿Qué... qué decís...? –farfulló.

Dos guardias uniformados y armados entraron en la estancia.

–Detened a este hombre –ordenó Alejandro señalándole con el brazo extendido.

–Santo Padre –acertó a decir el arzobispo en su desconcierto–, ¿a qué viene...?

No pudo completar la pregunta. Se encogió como un muñeco al ser asido por los guardias y llevó su mirada desconcertada e interrogante, angustiada, del Pontífice, cuyo rostro era una máscara de piedra, al joven cardenal Borgia, quien, sin moverse del sillón, guardaba un sospechoso silencio.

–Yo os acuso de haber falsificado bulas en beneficio de paisanos vuestros –dijo Alejandro apuntándole con el dedo–. ¡Conducidlo a las mazmorras del castillo de Santangelo!

Bartolomé Flores profirió un grito aterrador al conocer su destino. Las piernas le fallaron y fue sostenido en el aire por sus dos captores, que lo arrastraron fuera de la sala. Los gritos y súplicas del secretario se evaporaron por los pasillos del palacio Vaticano.

–Todos son nuestros enemigos –explicó Alejandro sin necesidad de que César le preguntara las razones de aquel proceder–, y los reyes de España no precisamente los menores. Ellos sabrán entender mi mensaje. Todos sabrán entender mi mensaje. Hijo, sé que, al igual que me sucede a mí, jamás olvidarás ni perdonarás la infamante muerte de nuestro querido Juan, pero no dejes que la sed

de venganza te ofusque la mente. La mayor venganza que podemos obtener es ser más que los demás, llevar nuestro apellido a lo más alto –se pasó una mano por la frente–. Pronto será hora de comer. Quédate a compartir mi mesa, podremos seguir hablando. Mientras tanto salgamos a dar un paseo por los jardines, ha quedado un buen día.

El joven se levantó y se dejó tomar por el brazo. Salieron de la estancia.

–¿Es cierto lo de la falsificación de bulas? –preguntó.

–Eso carece de importancia –contestó el Papa con la mayor naturalidad.

César Borgia salió del Vaticano a media mañana, vestido con sus hábitos de cardenal y acompañado por seis escoltas, al igual que él, a caballo.

Al trote lento de sus monturas recorrieron la larga avenida del Borgo hasta el puente de Santangelo, lo cruzaron y, tras cabalgar por Vía Julia hasta las cercanías del teatro de Marcelo, alcanzaron el Gran Circo y de allí se internaron en los páramos en los que se encontraba enclavado el convento de San Sixto. Los siete, al percibir el tufo que se elevaba de las ciénagas que jalonaban el camino hasta más allá de las termas de Caracalla, se cubrieron nariz y boca con los pañolones que previamente habían anudado a sus cuellos y espolearon a los animales. Aunque el calor de aquellas fechas no era el mismo que el de los meses centrales del verano, aquellos eriales húmedos continuaban siendo un peligroso foco de malaria.

Desde antes de llegar al convento descubrieron la presencia junto a su puerta principal de tres mulas y de dos guardias papales sentados en el viejo banco de piedra y que, al divisar la túnica púrpura de uno de los jinetes que se acercaban, recompusieron su postura abandonada y se levantaron en cuanto el cardenal desmontó.

–¿Qué hacéis aquí? –preguntó.

–Esperando al camarero de Su Santidad, Eminencia –respondió uno de ellos.

César hizo una seña a sus hombres y pasó solo al interior del edificio. En el mismo portalón una de las monjas salió a su encuentro, dobló las rodillas, le besó en la mano y se ofreció a acompañarlo hasta los aposentos de Lucrecia.

–No es menester que os molestéis, hermana –rechazó con suma educación–. Sé llegar hasta ellos, gracias.

A pesar de su negativa, la piadosa mujer siguió a su lado a lo largo del pasillo, hablándole atropelladamente de Lucrecia, resaltando la sencillez, el recato y la humildad de la vida que llevaba dentro de aquellas paredes. Sólo se detuvo al llegar a la puerta que daba al claustro, en donde se despidió. El sol débil de la mañana iluminaba el patio con una claridad que incitaba al paseo, a la meditación; César observó el juego de sombras suaves y de tenues luces disputándose un lugar en la piedra de los muros, al tiempo que un lejano canto de voces femeninas se mezclaba en el aire con el piar de los gorriones que juguetaban en los cipreses. Al doblar una de las galerías se topó con Perotto. El joven se despojó al momento de la elegante gorra que lucía y humilló la cabeza.

–Eminencia... –saludó doblando la cintura.

–¿Correspondencia? –preguntó César mirando la carpeta de cuero que llevaba bajo el brazo.

–Así es, Eminencia. Su Santidad me encargó traerla esta misma mañana.

–Mucho has tardado en entregarla. La hermana portera me ha comentado que llevas buen rato aquí. ¿Algún contratiempo?

César advirtió el rubor que coloreó las pálidas mejillas del muchacho.

–Ninguno, Eminencia. Tan sólo... tan sólo he estado aguardando a que madonna Lucrecia leyera la carta y escribiera otra como respuesta. Era su deseo no demorarla.

–Muy bien. Llévala entonces sin pérdida de tiempo –repuso siguiendo su camino.

–Vuestra hermana se alegrará de veros, Eminencia –dijo Perotto.

César no respondió. Cruzó el portón del fondo del pasillo y subió las escaleras envuelto en el cántico de las religiosas, que se había hecho más nítido y cercano. Las seis damas que hacían compañía a Lucrecia se giraron al escuchar los golpes en la puerta y se levantaron al ver entrar por ella la alta figura del cardenal Borgia. El gesto de la joven, que se encontraba sentada junto al ventanuco de la pared, fue primero de sorpresa y después de un salvaje temor que se esforzó en disimular.

–César... –exclamó con voz vacilante.

–Lucrecia...

Las seis damas abandonaron la estancia sin necesidad de orden ni seña alguna. César se acercó hasta su hermana, que se ponía en pie lentamente, y, tras besar su mejilla, la estrechó entre sus fuertes brazos.

–Hermana querida... –susurró con sincera emoción.

Ella se dejó envolver y cerró los párpados al comprobar, aliviada, la acogida de su hermano mayor. Se miraron a los ojos, se sonrieron, se separaron. Le invitó a sentarse en las sillas de tijera que adornaban uno de los ángulos de la habitación, cerca de la pequeña chimenea que permanecía apagada. Cambiaron frases intrascendentes, hasta que el tema del difunto Juan surgió y ensombreció sus semblantes como una repentina enfermedad. Ambos sabían que era inevitable. Lucrecia se había trasladado al convento pocos días antes de su asesinato y desde entonces no se habían vuelto a ver.

–Me enteré aquí mismo, en este mismo aposento –dijo con la mirada perdida–. No quería creérmelo. Estaba tan lleno de vida... No tuve fuerzas para ir a sus funerales, tanto era mi dolor.

Él asintió, reventando un suspiro.

–Oí que manifestaste tu deseo de hacerte monja.

–Sí –confesó con amarga sonrisa–. Tan vacía me dejó su muerte que de pronto todo lo que de bello podía tener el mundo se convirtió para mí en una fealdad inhós-

pita e insoportable. Nada quería saber de nada ni de nadie... Tan sólo recluirme para siempre entre estos muros y dejar transcurrir mis días en la paz de esta vida retirada.

–Espero que haya pasado esa fiebre.

La joven se encogió de hombros.

–Tal vez... Sí. Por suerte o por desgracia la vida continúa y el paso del tiempo nos hace verlo todo de otra manera.

La ceja enarcada de César expresó su disconformidad, pero no dijo nada. En el silencio recién creado, roto únicamente por el eco distante de las voces de las monjas, Lucrecia se observaba nerviosa las delgadas y pálidas manos, y él se fijaba en los tirabuzones rubios que escapaban de la toca que cubría su cabeza y enmarcaba su rostro delgado.

–Debo hablarte de tu marido –anunció con voz firme.

Ella tragó saliva y, al levantar los ojos, la frialdad que había adquirido la mirada del hermano le hizo sacudirse en un escalofrío.

–Creía –repuso débilmente– que ya se había acordado la anulación.

–Así se hizo, en efecto –confirmó él–. Pero conseguir legalmente la anulación requiere de otros trámites. Trámites a los que tu esposo está poniendo demasiadas objeciones.

La voz de César llevaba un acento que no supo interpretar si como reproche hacia ella o como amenaza hacia su marido.

–¿Qué tipo de objeciones?

–Se le propuso alcanzar un común acuerdo, que le permitiera quedarse con los treinta y un mil ducados de tu dote matrimonial, propuesta que rechazó con unos improperios que no voy a repetir en tu presencia. A continuación de ese...

Mientras César continuaba hablando, Lucrecia, harta de seguir enredada en aquella pesadilla, se preguntó una vez más, como tantas otras en los últimos meses, por qué

la habían casado con un viudo que ya había traspasado la treintena y que se ganaba la vida como condotiero, cargo para el cual carecía de todo carácter. No entendía el pavor que Giovanni había tenido desde el primer día de su matrimonio a vivir en su compañía, ni sus continuas ausencias de Roma, ni los verdaderos motivos de la creciente enemistad con su padre y con toda la familia Borgia.

—¿Qué he de hacer para acabar de una vez con este tormento? —preguntó sin alzar la cabeza, una vez su hermano hubo acabado la explicación.

—Admitir de buena gana lo que el tribunal decida y responder convenientemente en el caso de que sus miembros estimen pertinente formularle alguna cuestión.

—Así lo haré.

César aguardó a que su hermana recobrar el ánimo y se puso en pie. Le cogió una mano y, cobijándola entre las suyas, buscó su mirada.

—Lamento como tú el cariz que ha tomado este asunto —dijo en un embaucador susurro—. Mas ha sido de todo punto imposible el evitarlo. Separarte de una vez del desgraciado Sforza es lo mejor para ti y también para nuestra familia. No te quepa la menor duda.

La tomó del brazo y la invitó a acompañarlo hasta la puerta del convento. Allí se despidieron con un beso en la mejilla; él montó en su caballo y se alejó escoltado por sus hombres; ella se quedó en el umbral, rodeada de sus damas, hasta que la figura vestida de púrpura se perdió en el páramo pestilente, camino de la ciudad.

El comandante español del castillo de Ostia fue conducido a lomos de un mulo hasta la plaza de la población. El Papa lo había acusado de confabularse con los Orsini y de urdir una trama para entregarles la fortaleza. De nada valieron sus negativas en el breve juicio ni sus desesperados juramentos de inocencia ante el sacerdote que lo confesó al despuntar el alba. A mediodía, bajo una incipiente lluvia, fue ahorcado públicamente.

Al tener confirmación de tal atropello, Johannes Burkhard, maestro de ceremonias del Vaticano, no pudo sino cerrar los ojos y sacudir la cabeza en un gesto de absoluta reprobación. Se encerró en su cámara, abrió su diario y, mojando la punta de la pluma en el tintero, escribió:

“La última iniquidad de Alejandro VI ha tenido como escenario la ciudad de Ostia. Tan grave ha sido esta última muestra de su ignominioso papado que a primera hora de hoy, sin duda alguna para evitar dar explicaciones y huir de las críticas, ha salido junto a sus dos hijos hacia Spoleto con el pretexto de pasar con ellos unos días de caza...”

El enorme jabalí surgió de la espesura del bosque como una bala de cañón. El alboroto de los perros que acosaban al ciervo junto al río ahogaba sus gruñidos y su presencia sólo fue descubierta por uno de los servidores que se mantenía apartado, el cual, horrorizado, vio cómo aquella fiera se dirigía directamente contra el cardenal Borgia, que acababa de desmontar.

—¡Cuidado Eminencia, a vuestra espalda!

César, volviéndose como un rayo, se preparó para recibir la embestida de otro ciervo, pero en su lugar vio llegar, al igual que un diablo negro, la temida figura de un jabalí, del jabalí más grande y pesado que recordara haber visto jamás. Se arrojó a un lado, y sólo supo que lo había esquivado cuando sintió el roce de su pelo como púas en sus ropas y la ausencia de dolor. Varios de los jinetes se abalanzaron contra la nueva presa. Un grito eufórico escapó de la garganta del joven Jofré Borgia al hincar su pica en el lomo de la bestia, que se quejó con un bramido salvaje. El jefe de los monteros encargados de los perros de trailla ordenó soltarlos, mientras los lebreles libres se lanzaban sobre el animal herido. Éste intentó huir, pero otro tropel de cazadores, surgiendo de los matorrales apuntándole con sus armas afiladas, le obligó a recular. Jofré, enardecido, volvió a la carga, espoleando su montura con el brazo armado en alto; el jabalí no rehusó el encuentro, sorteó al caballo y se elevó en un salto prodigioso que lo llevó hasta el muslo del jinete, el cual desgarró abriendo,

como si fuera papel, el cuero de las altas botas y la lana de las calzas. El joven profirió un quejido infantil y soltó las riendas, precipitándose en el aire como un muñeco roto. El jabalí, teñidos los colmillos de sangre, continuó su desquiciada carrera. Todos supieron que nada lo detendría. El primer sabueso que encontró en su camino salió despedido hacia las nubes, reventado en una explosión de tripas y líquidos rojos; los dos siguientes no salieron mejor parados. El panorama había cambiado repentinamente. Los monteros corrían de un lado a otro, nerviosos, los unos reteniendo a sus perros, los otros soltándolos para que atacaran a la fiera; los jinetes intentaban rodearla al tiempo de impedir que sus caballos se desbocaran; varios criados atendían al caído Jofré; los arrogantes ladridos de hacía tan sólo un momento se habían trocado en aullidos desconcertados y gemidos agonizantes. El escudero de César se aprestó a acercarle su montura, pero el cardenal la rechazó. El ciervo, masacrado a mordiscos y con las patas desolladas, aprovechó la tregua y buscó la salvación en la otra orilla del río, lanzándose a él en un estrépito de aguas ensangrentadas.

Nadie le prestó atención. Nadie perdió un instante para contemplar su formidable cornamenta alejándose en la corriente fría. Todos tenían los cinco sentidos puestos en el animal que se había convertido en un inesperado peligro. Uno de los criados logró herirle con su pica, otro fue arrollado y quedó tendido con la pierna abierta en carne viva. El jabalí profirió un gruñido de victoria que encabritó a uno de los caballos, chocó frontalmente con dos perros, sufrió la mordedura de un tercero y sin detenerse continuó su frenética huida.

—¡Apartaos, Eminencia, está herido y furioso! —avisó un jinete de vistosa gorra verde, dirigiéndose al cardenal Borgia.

—¡No, César! —pidió Lorenz Beheim, armero mayor del Papa, adivinando las intenciones del cardenal—. ¡No lo hagáis!

Pero César Borgia llevaba la determinación en la mirada. El jabalí se libró de los mordiscos que le llovían de todas partes y, desesperado, gruñendo, cojeando, siguió ha-

cia delante, hacia el hombre que le esperaba arqueado, con los brazos abiertos.

—¡César, aparta! —se oyó decir al Pontífice, cuya montura era sujeta por dos escuderos—. ¡Ese animal es el demonio, aparta, por Dios!

No lo hizo. Esperó hasta el último instante, se giró del mismo modo que en un paso de baile y hundió la lanza corta en el lomo del animal, que hincó el hocico en la tierra. El jabalí se levantó con las patas dormidas y se revolvió hacia quien acababa de llenarle el cuerpo de fuego; de reojo lo vio venir con un machete en la mano; él le enseñó sus dos machetes curvos, avisándole que con ellos lo iba a rasgar de arriba abajo como había hecho con los perros tirados aquí y allá. Pero el cazador no le dio tiempo. En un inesperado y veloz movimiento que dejó boquiabiertos a todos, se abalanzó sobre el animal, lo montó como si fuera un potro y, pasándole un brazo de hierro bajo el pescuezo, se lo rajó de parte a parte. Por un momento, mientras los ojillos de la fiera se perdían en una mirada sin fin y la sangre le brotaba a borbotones por el terrible tajo, sólo se oyó en la espesura del bosque el estrépito del ciervo saliendo del río por la orilla opuesta, huyendo, herido y aterrado, en busca de la vida.

—¿Estáis bien, Eminencia? —preguntó el jefe de los monteros, llegando a su lado.

La sonrisa del cardenal fue su respuesta.

—¡Llevaos a los perros! —ordenó sin hacer caso a las exclamaciones de admiración ni a los comentarios sobre el tamaño y el peso del animal que se enfriaba bajo sus posaderas. Los monteros obedecieron, procediendo a juntarlos y atarlos.

—Enhorabuena, César —dijo Lorenz Beheim poniéndole una mano en el hombro.

—Gracias, *messer* Beheim. ¡Cargadlo! —mandó a los criados, dando una fuerte palmada en el lomo del animal y poniéndose en pie.

Alejandro VI, a lomos de su alta montura, le dedicó una mirada seria, pero orgullosa.

—Has sido demasiado temerario, hijo —le dijo en tono confidencial, contemplando sus ropas manchadas de sangre—, pero nos has brindado un espectáculo formidable.

El joven agradeció el cumplido del padre. Asintió y, mientras unos criados arrastraban las piezas capturadas y otros amontonaban los despojos de los perros destrozados, se dirigió hacia su hermano, quien, atendido por el médico y varios servidores, lloriqueaba tumbado sobre varias capas que le habían colocado a modo de colchón sobre la hierba. Observó la herida, hizo un gesto a Jofré de que no debía preocuparse y caminó hacia su caballo. Lorenz Beheim lo siguió con la mirada. Lo vio montar, sacudirse el polvo y otear la colina boscosa de la otra parte del río.

El indómito jabalí y las demás piezas capturadas colgaban a última hora de la tarde en las barras de las frías despensas del castillo de Spoletto. Alejandro, que no cabía en sí de gozo por el alarde de valor protagonizado por su hijo mayor, organizó una cena a la que invitó a sus más inmediatos colaboradores y a las máximas autoridades civiles y religiosas de la población, e hizo traer a toda prisa músicos y a un rapsoda que gozaba de buena fama en toda la región. Muy a su pesar, César fue el centro de todas las conversaciones y, quizás agobiado por tanto elogio, fue uno de los primeros en retirarse. Se despidió alegando cansancio y junto a Lorenz Beheim, que se ofreció a acompañarlo, abandonó el salón. Al llegar al fondo del pasillo dejó a un lado las escaleras que conducían a las habitaciones y tomó las que bajaban al patio.

—Venid conmigo, maestro —dijo al advertir el gesto de sorpresa del hombre—. Me apetece tomar el fresco de la noche.

Salieron por el portón principal, iluminado por el resplandor de las antorchas colocadas en los muros, y ascendieron las escaleras de piedra hasta el corredor de la muralla baja que daba al barranco sobre la ciudad sumida en la oscuridad. César apoyó las manos en la piedra y miró al vacío. El armero mayor del Papa intuyó que algo le preo-

cupaba. La disculpa esgrimida para dejar la velada no era creíble en él. El término cansancio no existía en su vocabulario. Jamás había abandonado una fiesta, ni rehusado un viaje por largo que fuera. Los que acostumbraban a salir de caza con él sabían que no había montes suficientes para llegar a fatigarle, y su maestro de armas se había visto obligado en más de una ocasión a pedirle un descanso, agotado por su ímpetu y su energía sin límites.

–Maestro –pronunció el joven sin apartar los ojos de la negrura del abismo–, vos participasteis en la investigación de la muerte de mi hermano, ¿no es así?

Beheim comprobó que no se había equivocado.

–Sí, así es. Fue deseo expreso de Su Santidad.

–Decidme, ¿se sacó alguna conclusión fiable?

El armero frunció el ceño. Miró el perfil del cardenal sin entender del todo su pregunta.

–Vos debéis saberlo mejor que yo. Todos los informes están en poder de Su Santidad.

–Lo sé, y no quiero decir que se me haya ocultado ni una sola línea, mas os lo pregunto a título personal. La investigación se dio por cerrada y así está bien si el Santo Padre lo estimó conveniente, pero cada uno de nosotros tiene una opinión propia sobre quiénes fueron los asesinos del duque de Gandía, y me gustaría conocer la vuestra.

Lorenz Beheim carraspeó y aspiró una bocanada de aire.

–Todo lo que pueda deciros son simples suposiciones –comenzó, midiendo, como era habitual en él, cada una de sus palabras–. Los nombres que pasaron, y pasan, por mi mente, son los mismos que circularon en boca de todos, pero cada uno de ellos quedaron exculpados por una u otra razón.

–No os he preguntado por lo que ya sé, maestro, sino por lo que vuestro juicio os dicta. Os pido que me respondáis como amigo, no como armero de mi padre.

–Pecaría de irresponsable si destacara un nombre sobre los demás. A los ojos de cualquier observador neutral,

el desdichado Duque tenía muchos enemigos que podrían haber perpetrado el crimen. No poseo una opinión concreta, aunque a algunos los veo incapaces de tal audacia y a otros, por el contrario, suficientemente capaces de ella y de más.

–¿Quiénes?

–Lo sabéis como yo, César. Los viejos enemigos de los Borgia son los Orsini, y por otro lado el acercamiento del Vaticano a Nápoles y la coronación de Federico siempre fueron mal vistos por el rey de España.

–Ese maldito bastardo... –exclamó el joven con sentido odio.

–Fernando es un monarca astuto y sin escrúpulos. Sin embargo, nada está probado.

César se mordisqueó los labios y expulsó toda su impaciencia en un suspiro. En los ventanales de la torre del homenaje bailoteaban las llamas de los hachones que proporcionaban luz a los invitados. En el espacio infinito que sobrevolaba la ciudad reinaba una oscuridad casi absoluta. A lo lejos el cárabo lanzaba a la soledad su lastimero canto intermitente.

–Me habéis pedido que os hable como amigo –dijo Beheim–. Y como tal os aconsejo que no hagáis de ese asunto una obsesión. Comprendo vuestro dolor, pero nada conseguís con torturaros. Vuestro padre es sabio, y estoy seguro de que descubrir a los culpables está fijo en sus intenciones, pero ello no le impedirá atender sus demás quehaceres. Haced igual. Por lo que parece, os aguarda un futuro que no admitirá distracciones.

–No puedo olvidarlo –afirmó crispando las mandíbulas–. No sólo la muerte de mi hermano, sino también, y ello me duele más si cabe, la deshonrosa forma de quitarle la vida. No puedo olvidar. Ni perdonar.

Las palabras del cardenal Borgia dejaron en el aire fresco de la noche un amargo aroma de violencias contenidas. Lorenz Beheim evitó mirarle. Ahora comprobaba que el viaje a Nápoles y la disipada vida de lujos y amorfíos que allí había llevado no habían enfriado sus ánimos. Volvió el rostro hacia él y en el brillo de sus ojos clavados

en el vacío vio destellar una firme determinación. Pensó que si los asesinos habían planeado destruir a los Borgia se habían equivocado de víctima. Juan quizás era el más sobresaliente por su cargo y su carácter, pero César poseía cualidades que podían hacerlo muy peligroso. Toda Italia lo veía como al joven cardenal protegido por su padre, aficionado a la caza y al baile, que había dejado prueba de su habilidad en las carreras de caballos y que asombraba por su arrojo y su pericia en la lidia de toros, como al anfitrión de carísimas fiestas, al invitado que realizaba festejos y banquetes con sus exquisitos modales, con su culta conversación, con su comedida simpatía. Pero pocos intuían que en su corazón alegre y disoluto latían también otro tipo de sentimientos. Sentimientos que su intuición presentía aflorarían pronto, muy pronto, porque en aquella noche fresca, mientras los convidados se entregaban a la música y a la poesía y la ciudad dormía, su mirada era hermana de la del jabalí que había degollado aquella misma mañana, una mirada herida, salvaje, cegada de venganza.

Lorenz Beheim se volvió hacia el abismo negro. Un perro aulló a lo lejos y el chillido desapacible de una lechuza enfrió la oscuridad. Sabía de lo que César podía ser capaz, porque había visto en sus ojos una mirada semejante dos años antes, en los días en que el rey francés entró en Italia...

... Carlos VIII de Francia traspasó los Alpes con un ejército nunca antes visto en Italia. Tan poderoso era que a su paso por Turín y Milán, y a lo largo de la Lombardía rumbo a los Apeninos, y posteriormente por la Toscana, no encontró la mínima resistencia. Todas las ciudades le abrían sus puertas y lo recibían como a un ilustre visitante, como a un libertador y no como al invasor que, proclamando su intención de conquistar únicamente el reino de Nápoles, llevaba en mente apoderarse de toda la Península. El peligro real tan sólo lo veían unos pocos que nada podían hacer ante aquella marea de soldados y armamento. También lo veía el papa Alejandro VI, quien, encerrado en el Vaticano, desesperaba por la ausencia de Julia Far-

nesio, su joven amante, y por la amenaza que se le venía encima sin que nadie pudiera impedirlo. Conocía muy bien las intenciones del rey francés de destituirlo y de devolver la sede Papal a su país. Sentía cada día un poco más cerca el aliento del invasor, y cada día se afirmaban sus intenciones de no rendirse ante él.

Las tropas francesas entraron en Roma a finales de diciembre. El encuentro entre el rey y el Papa se celebró en un ambiente de tirante concordia, de exigencias amables y de humildes resistencias.

–Seguiré hacia el sur –advirtió Carlos sin titubeos–. Y me llevaré conmigo a vuestro hijo, el cardenal Borgia, en calidad de invitado.

–De rehén, querréis decir –corrigió Alejandro.

Los caídos bigotes de Carlos se agitaron con la risita que tembló en sus labios.

–Para mí será sólo un invitado –aseguró irónicamente–, mas qué duda cabe que su presencia a mi lado me servirá de... una cierta tranquilidad. Por cierto, vuestro hijo no ha salido a recibirme con el resto del colegio cardenalicio. Imagino que sigue en Roma –dijo amenazante.

–Por supuesto.

–Entonces presentádmelo sin demora. Quiero ser yo mismo quien le comunique su viaje.

El semblante de Carlos VIII se descompuso al ver aparecer, poco más tarde, al cardenal Borgia. Tan impresionado quedó por su altura, su apostura y la fría belleza de sus facciones que su cuerpo deforme se revolvió incómodo en el sitio en el que lo esperaba y, en un gesto instintivo, aplastó la espalda contra el respaldo en una esperanza inútil de reventar su joroba. César llegó hasta él, le saludó con todo el respeto que exigía el protocolo y cruzó las manos en su regazo.

–Así que vos sois el cardenal César Borgia –dijo el rey, luchando por vencer su zozobra.

–Alteza, así es. Os doy la bienvenida a Roma.

–Tengo una curiosidad respecto a vos, Eminencia, que deseo me resolváis ahora mismo –dijo saltándose los

cumplidos—: ¿Por qué razón ostentáis el sobrenombre de “el Valentino?”.

—Alteza, por mi ascendencia valenciana.

—Pero vos no sois nacido allí, según creo, y, según creo también, jamás habéis estado en aquella tierra.

—Verdad es, pero es la tierra de mi padre, y de mis antepasados. Y adopté ese sobrenombre por ser el que con tanto orgullo ostentó mi tío abuelo, nuestro amado Papa Calixto III, a quien Dios tenga en su gloria.

El monarca se rascó pensativamente el labio inferior.

—Decidme —exclamó—: ¿Cuántos años tenéis?

—Diecinueve, Alteza.

—Sí... ya sabía que erais algo más joven que yo.

César no entendía a qué venía aquella curiosidad, pero adivinó que obedecía a alguna inquietud personal, pues las cortas y huesudas piernas enfundadas en medias azules de seda, que asomaban del rico traje de terciopelo y colgaban en el aire sin llegar al suelo, se movían como presas de un nervioso cosquilleo.

—Como sabéis, mi viaje no acaba en Roma —dijo el monarca con una sonrisa mordaz que no pudo disimular—, sino en Nápoles, hacia donde me pondré en camino en cuanto tenga ultimados mis asuntos aquí. Como ya he comunicado a Su Santidad, deseo invitaros a compartir ese viaje.

De reojo, César captó la mirada tensa de su padre fija en él, y supo que algo perverso ocultaba aquella gentil invitación.

—Alteza, os lo agradezco infinitamente, mas me veo en la obligación de pedir os...

—No admito negativas, Eminencia —cortó el francés secamente—. Me place que me acompañéis a Nápoles. Y que no seáis tan suspicaz como Su Santidad, que ha llegado a insinuar que mis intenciones son llevaros como rehén —sonrió—. Os ruego que os consideréis mi invitado. Para mí será un placer teneros a mi lado.

–Y para mí formar parte de vuestro séquito –repuso con aparente docilidad.

–Me alegro de que así lo consideréis. Aún quedan algunos días para la partida, pero id preparando vuestro equipaje y disponeos a marchar en cuanto yo lo ordene. Ah! –añadió en tono displicente–, y no seáis comedido, presiento que vuestra ausencia de Roma será más bien larga.

César asintió obedientemente y, después de una breve conversación en torno al futuro del reino de Nápoles, abandonó la estancia.

No había expirado el mes de enero cuando la expedición estaba lista para abandonar Roma. Carlos sonrió ufano al ver al cardenal Borgia, vestido con un elegante traje de viaje, al frente de sus numerosos servidores y de diecinueve carros adornados con su escudo y cargados con sus enseres. Contemplando aquel exagerado equipaje se sintió satisfecho: el arrogante hijo del Papa había tomado buena nota de su advertencia y llevaba consigo hasta sus más insignificantes objetos personales. Desde lo alto de su montura le dedicó un mudo saludo al que César correspondió con una inclinación de cabeza y una mirada apagada, llena de resignación, que llenó de gozo al monarca. Dejaron atrás una ciudad dolida y humillada. Las tropas francesas habían cometido toda clase de barbaridades, robos, agresiones, violaciones, saqueos de casas y palacios en los que los lansquenets suizos habían tenido un triste protagonismo.

La noche de la segunda jornada de viaje, el ejército y su rehén llegaron a la ciudad de Velletri. El rey estaba cansado; su cuerpo enclenque no soportaba la dureza de las largas travesías y, a pesar de las semanas transcurridas en Roma, su naturaleza frágil se resentía. Era su deseo retirarse a dormir tras la cena, pero la imprevista y furibunda actuación del embajador español, quien de pronto se puso a protestar por todo, le obligó a permanecer despierto, discutiendo con unos y con otros hasta altas horas de la noche. Cuando a la mañana siguiente uno de sus pajes lo sacudió por los hombros creyó estar viviendo una pesadilla.

–¡Alteza, Alteza! –decía el muchacho–. ¡Alteza, el cardenal Borgia ha desaparecido!

Carlos se sentó en un salto cómico. Su enorme nariz ganchuda estaba roja como un pimiento y en sus ojos adormecidos parpadeaban el cansancio y la sorpresa.

–¿Cómo que ha desaparecido! –preguntó pastosamente–. ¿Qué quieres decir?

–No está en sus aposentos, nadie le ha visto esta mañana, Alteza. Se le ha buscado por todo el palacio mas no se le encuentra en parte alguna.

–*Sacré infâme, et le premier le Saint Père!*¹ –exclamó iracundo–. ¿Y su equipaje? ¡Comprobad si se ha llevado su equipaje!

Lo vistieron a toda prisa y, seguido de sus escuderos y de varios oficiales, salió de su habitación y corrió hasta la del cardenal ausente. El lecho aparecía intacto.

–Alteza, el equipaje sigue en las caballerizas –confirmó el sirviente, jadeando.

Carlos suspiró aliviado. Si era cierto que el hijo del Papa había huido, al menos podría quedarse sus ricas pertenencias como botín.

–Buscadlo por todas partes. Por cada casa, por cada cuadra, ¡mandad a recorrer la comarca a todos los hombres disponibles!

Miles de soldados rastrearon hasta la última piedra, hasta el último camarote, hasta la última aldea. Tan sólo pudieron encontrar, en un rincón del propio palacio, sus hábitos púrpuras. La atropellada investigación reveló que ningún cardenal había salido del edificio, pero sí, a poco de retirarse todo el mundo a sus aposentos, un palafrenero, alto y delgado, cojo, a quien se vio salir antes del alba por la Puerta Napolitana.

–¿Y cómo es que nadie lo detuvo? –preguntó Carlos con ira.

1. ¡Maldito bastardo, y el primero el Santo Padre!

El informante se encogió de hombros, atribulado.

–Alteza, lo ignoro. Sólo... sólo era un humilde palafrenero. El vigilante no creyó que un miserable palafrenero...

–Y cojo –añadió el rey con sarcasmo.

Avanzó unos pasos sobre sus piernas arqueadas, abatiendo la cabeza contra el pecho. Los oficiales, autoridades y cardenales presentes guardaban silencio. Cuando se volvió hacia ellos buscó con la mirada al alcalde de la ciudad.

–¡Vos sois culpable de la fuga! –hizo una seña a uno de sus capitanes–. ¡Colgadlo en la plaza! ¡Y arrasad a sangre y fuego la ciudad!

–¡Alteza, por Dios! –exclamó el alcalde–. ¡Ni yo ni mis convecinos tenemos nada que ver con este asunto!

–¡Colgadlo he dicho!

El hombre fue apresado inmediatamente.

–¡Devastad Velletri! –sentenció el rey–. Servirá para escarmiento de otras ciudades rebeldes.

–Alteza, aguardad –suplicó el cardenal Giuliano della Rovere saliendo tras el monarca, mientras el alcalde era arrastrado por la fuerza.

La diplomacia del astuto cardenal supo calmar al monarca francés que, sin estar del todo convencido, revocó sus órdenes. Al final del día, consternado y furioso, se dirigió a las caballerizas.

–Poned especial vigilancia esta noche –ordenó contemplando con amargura el voluminoso equipaje del fugitivo–. No quiero más sorpresas.

Entonces, sin saber el qué, percibió algo extraño. Su memoria retrocedió hasta la mañana de hacía dos días, hasta su encuentro con el cardenal huido. Contó los carros alineados a lo largo del muro: uno, dos, tres..., catorce, quince y... dieciséis. Arrugó el ceño. Dieciséis. Recordaba perfectamente haber contado diecinueve al salir de Roma. Un presentimiento le provocó un sudor frío.

–Abrid uno de esos baúles –ordenó destemplado.

El criado más cercano a ellos lo hizo. Cortó con su daga las sogas que lo cerraban, abrió el cierre metálico y al subir la pesada tapa forrada de tela quedó a la vista la arena que lo ocupaba. Se giró hacia su monarca, que, llevándose las manos a los ojos, negaba con la cabeza.

—¿Dónde están los carros que faltan? —preguntó a punto de desfallecer—. ¿También se los ha llevado el palafrenero cojo?

Todos se encogieron de hombros, mirándose con temor, sin poder ofrecer una respuesta.

—Ya veo que se quedaron por el camino —dedujo abatido—. Abrid los demás. Imagino que contendrán igual “tesoro” —dijo con un humor cargado de hiel, retirándose—, pero abridlos.

Mientras regresaba al palacio se preguntaba cómo habían podido descuidar la vigilancia sobre el cardenal Borgia, y si la escena del embajador español, manteniéndole despierto hasta la madrugada, habría sido una estratagemma para tenerlo distraído. Podría hacerlo colgar de las almenas, pero ello no devolvería al fugitivo y, por añadidura, airearía el humillante engaño del que había sido víctima.

—Traedme al Valentino cueste lo que cueste —ordenó aquella misma noche a dos de sus capitanes—. Salid inmediatamente hacia Roma, buscadlo por todas partes, preguntad a nuestros informadores. En algún lugar tiene que estar.

César y el escudero que lo había aguardado al amanecer fuera de la Puerta Napolitana con dos caballos cabalaron las veinticuatro millas hasta Roma sin detenerse. Allí se separaron y el cardenal se refugió en casa del auditor de Rota, en donde permaneció hasta el anochecer. Mientras a aquellas horas, en Velletri, se descubría el fraude de los carros cargados con arena y piedras, él se introducía de incógnito en el Vaticano y mantenía una breve entrevista con el Papa, su padre.

—Bien, hijo —dijo el Pontífice, en valenciano—. Ahora deja la ciudad. Carlos habrá enviado hombres en tu busca y es posible que lo estén haciendo ya por las calles de

Roma. Ve a Rignano y después a Spoleto. Cambia de lugares y, sobre todo, cuídate, cuídate mucho.

–Lo haré, padre, descuida de ello.

–Marcha, marcha ya.

–Antes dame tu bendición –pidió inclinando la cabeza.

Alejandro dibujó en el aire la señal de la cruz sobre el cogote de su hijo y lo apremió a escapar.

El escudero le esperaba al amparo de las sombras de las casas vecinas. Al ver a su amo chistó a modo de pájaro.

–Todo listo, Eminencia –informó en un susurro–. Tengo los caballos justo al final del Borgo.

–Antes pasaré por la casa de mi madre.

–Pero, señor... corréis gran peligro en hacerlo. Hay soldados buscándoos por el barrio de Banchi, y por el Trastevere.

–No me encontrarán. Espera mi llegada en el lugar acordado.

–Pero, Eminencia...

César ya no estaba para escuchar sus ruegos. Había desaparecido en las sombras y en las sombras llegó hasta el Tíber. Se deslizó por los cañaverales de su ribera, arrasó una pequeña barca y, lentamente, hundiendo con mimo infinito los remos en el agua, alcanzó la orilla opuesta. Pisó tierra a la altura de la iglesia de San Giovanni dei Fiorentini y de allí, cruzando la Vía Julia, buscó la complicidad de las calles oscuras. Penetró en la casa de Vanozza por una de las ventanas desvencijadas de la parte posterior. Solo en medio de las tinieblas echó a volar los ojos febriles por la oscuridad que le envolvía; sintió el silencio de la soledad en sus oídos. Podía buscar un candil y prenderlo, pero cualquier luz, por ínfima que fuera, podría delatarle. Extendió los brazos al frente y avanzó unos pasos a ciegas; tropezó con una mesa rota; después, sus botas pisaron un objeto de cristal que se partió en un crujido triste. Llegó al pie de las escaleras. No subió. No le hacía falta hacerlo, ni encender ningún candil, para saber que la vivienda había sido saqueada por completo. En un instan-

te de coraje dio gracias por no poder ver los destrozos. Atenazó con fuerza la barandilla de madera para contener el impulso de salir hacia Velletri y estrangular con sus propias manos a aquel enano cheposo. Respiró profundamente, varias veces, dio media vuelta y se marchó.

Al llegar a Spoleto se encontró con la grata sorpresa de que Lorenz Beheim lo estaba esperando. Se abrazaron.

–César... –musitó el hombre.

–Maestro...

Cenaron frugalmente, como si temieran que embarcarse en una comida copiosa les robase el mínimo ápice de tensión.

–Las autoridades de la ciudad han recibido orden del rey Carlos de entregaros a sus oficiales en cuanto aparezcáis por aquí.

–Pronto me han localizado.

–Sus informadores son tan buenos como los nuestros.

–¿Qué piensan hacer?

–Os son fieles. No corréis peligro. Nunca os entregarán.

–No deseo ponerles en ningún aprieto. Mañana mismo partiré.

–¿Hacia dónde?

–Ni yo mismo lo sé. Lo sabré en cuanto monte y pique espuelas. Hacedme un favor: seleccionadme los tres mejores caballos de las cuadras y mandad que los tengan listos para antes de que salga el sol.

–Los tendréis. Me gustaría acompañaros.

–No –rechazó rotundo–. Ni vos ni nadie. Éste es un asunto entre el rey de Francia y yo.

–Os equivocáis, César. Es un asunto entre un invasor y el Vaticano.

El joven negó con un enérgico movimiento de cabeza y soltó una risa breve.

–Tal vez tengáis razón, maestro –sonrió con amargura–, mas sólo a medias: entre el invasor y yo. Todos y cada uno de esos malditos soldados son mis enemigos. Y yo el suyo –concluyó misteriosamente.

–¿Qué queréis decir?

–Hay cosas que el Vaticano deberá arreglar a su tiempo con ese deshecho de hombre –dijo con desprecio–, pero hay otras de las que debo ocuparme en persona.

El gesto del armero mayor reflejó sus dudas.

–He estado en casa de mi madre, maestro –aclaró César.

Beheim comprendió. Asintió gravemente.

–No deberían habéroslo dicho. No, al menos, en estos momentos.

–Pocas cosas pasan en Roma sin que yo me entere.

–La venganza puede ser peligrosa, César. Si llega a cegarnos...

–La han desvalijado, maestro. Y lo han hecho con cobardía, aprovechando mi ausencia. Apenas salía yo de Roma cuando esos malnacidos violentaban su hogar. Me han dicho que mi madre tuvo que huir para no sufrir el...

–Como tantos otros en Roma en las últimas semanas. Pocos se han librado de los saqueos. Incluso muchos no tuvieron oportunidad de escapar.

–Pero Vanozza Cattanei es mi madre –repuso sin opción a réplica–. Y, como hijo suyo, no perdonaré la ofensa cometida contra ella.

Horas después, cuando el sol incitaba un día más a la vida, César Borgia cabalgaba ya lejos de Spoleto sobre un soberbio caballo alazán y llevando a otros dos de las riendas. Durante varios días vivió a lomos de ellos, parando apenas unas pocas horas para dormir, yendo de un sitio para otro. Hubo un momento en que los franceses que lo perseguían llegaron a pensar que iban tras un fantasma. Tan pronto pasaban por un lugar en el que afirmaban haber visto al cardenal hacía unas pocas horas dirigiéndose al norte, como recibían información de haberlo localizado

la noche anterior a cien millas hacia el sur. Carlos de Francia se dio por rendido y ordenó continuar hacia Nápoles. A su regreso, si antes no tenía noticias del Valentino, tendría tiempo de ocuparse de su búsqueda. Y de su castigo.

Ni él ni nadie, excepto Alejandro, tuvo noticias del desaparecido cardenal. Hasta finales de marzo. Hasta una tarde de cielo despejado y brisa cálida. Nápoles había sido tomada sin dificultad y el deforme monarca, que se había proclamado a sí mismo rey de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalén, se dedicaba a acostarse con cuantas damas italianas se le antojaba y a grabar su recuerdo en un retrato. Mientras tanto, la vida en Roma transcurría en un clima de tensión acomodada. La presencia de las tropas que habían quedado al cuidado de la ciudad era admitida sin miedo pero sin amabilidad. Se les servía en las tabernas y los prostíbulos, se les temía cuando se emborrachaban y se les evitaba siempre que era posible, y ellos se sentían a gusto en aquel clima de respeto y sumisión. Podía vérselos por todas partes, por Plaza Navona, por las librerías y joyerías del barrio de Banchi, por el de Santangelo, mezclados con los judíos, por Campo dei Fiori, o, como aquel grupo de lansquenets suizos, visitando la basílica de San Pedro en una tarde despejada de brisa cálida de finales de marzo. Junto a una docena de gentileshombres franceses rezaron en la capilla nacional francesa, dedicada a Santa Petronila y luego, todos juntos, decidieron acercarse hasta el centro de la ciudad para celebrar con vino el inminente regreso a sus respectivas tierras. El sol maquillaba ya colinas y tejados con colores suaves cuando salieron a la plaza, camino del puente. Media docena de jóvenes conversaban sentados en las escaleras, dos caballeros se alejaban por el Borgo al trote lento de sus mulas, un carro se detenía a la puerta de un caserón. Los hombres aparecieron de repente, desde varias esquinas, irrumpieron en la plaza a la carrera y a la carrera desfundaron sus armas. Los soldados extranjeros los vieron llegar en el último momento; un francés gritó la alarma y desenvainó su espada, pero no tuvo tiempo de usarla. La rapidez del ataque impidió cualquier defensa; cayeron fulminados bajo los golpes. Cuando los agresores se retiraron, los forasteros no eran más que un montón de cuer-

pos apaleados y ensangrentados. La plaza había quedado desierta. Nadie quería ser testigo.

Horas después se supo que ataques similares habían tenido lugar en diferentes puntos de la ciudad; no hubo un barrio sin muertos en sus calles. Roma se encerró en sí misma, aterrada ante las posibles represalias, y los mandos extranjeros se atrincheraron en previsión de más atentados. La noche no encontró a nadie por las calles, ni oyó canciones de borrachos, ni cascos de caballo en la soledad de las avenidas. A la mañana siguiente, Lorenz Beheim tuvo noticias de que el cardenal Borgia había sido visto la víspera cerca de la iglesia de Santa María Sopra Minerva, en donde un capitán suizo había sido colgado de un balcón. Encontró al joven cardenal en el Vaticano poco después. En su mirada relajada encontró explicación a los hechos del día anterior.

—¿En qué pensáis, maestro?

Lorenz Beheim parpadeó.

—En nada... —mintió—, en nada concreto.

César miró hacia la torre. Una luz ocre acababa de encenderse encima de los ventanales del salón en el que la velada seguía su curso.

—Tal vez vaya siendo hora de ir retirándonos —comentó.

—Sí, tal vez sí; ha sido un día cansado. César... —dijo el armero mayor antes de moverse—. Os ruego entendáis lo que quiero deciros. ¿Habéis llegado a pensar en algún momento en vuestro hermano Jofré como culpable de la muerte de Juan?

—¿Por qué decís eso? ¿Cómo podéis siquiera insinuarlo?

—Porque fue uno de los nombres que se barajaron. Incluso vuestro padre se vio obligarlo a desmentirlo.

—Sí, pero es ridículo —protestó enfadado—. Fue una calumnia más de nuestros enemigos. Jofré amaba a Juan tanto como cualquiera de nosotros. Sería incapaz de una atrocidad así.

—Os entiendo, pero era un secreto a voces que Juan mantenía relaciones con Sancha. Él mismo lo dejó entrever claramente en más de una ocasión.

—Juan tenía la lengua demasiado larga para algunas cosas —replicó—. La discreción nunca fue su máxima virtud. Pero Jofré no lo hizo, maestro, podemos estar seguros de ello. Si hubiese tenido la mínima sospecha de que se acostaba con su mujer se lo habría dicho a la cara, no contratando a matones.

—Lo único que me mueve a hablaros de tema tan doloroso es asegurarme de que no consideráis sospechoso a vuestro hermano. Sé cuánto deseáis encontrar a los culpables y...

—No os preocupéis, maestro. Los nombres de los amigos y de los enemigos están anotados en cuadernos diferentes.

Beheim no hurgó más en la herida. Regresaron al interior y en el pasillo se despidieron. César se acercó hasta el dormitorio en el que había sido alojado Jofré, quien se alegró al verle entrar.

—Hermano... —dijo a modo de saludo.

El cardenal se sentó en el borde de la cama y palmeó su hombro. La pierna herida del joven se veía destapada.

—¿Te has encontrado con Sancha? —preguntó éste—. Acaba de salir.

—No, no la he visto. ¿La has echado de tu cama? —bromeó.

—No —sonrió su hermano—, pero para evitarnos molestias hemos decidido que duerma en otra alcoba. No sé cómo voy a pasar la noche. Quería quedarse conmigo, pero no la he dejado.

—¿Cómo va? —preguntó César, dirigiéndose al médico que, al otro lado del lecho, cuidaba del chico.

—Parece que la herida quiere infectarse y por eso la estamos vigilando. Es un corte limpio, pero esos puercos no llevan más que ponzoña en sus colmillos.

—¿Duele? —preguntó a Jofré.

Los dieciséis años del muchacho salieron a relucir en la mueca mimosa que sirvió de respuesta. César sonrió y le enredó los sudados cabellos color de fuego.

–La próxima vez aprenderás a ser menos impetuoso.

–Estuve a punto de matarlo. Si no llega a ser por...

–Lo vi. Llegarás a ser un gran cazador.

Jofré sonrió, orgulloso.

–Como tú.

–Como tú mismo. Eres un Borgia, y los Borgia llevamos la caza en la sangre.

Se levantó. Arqueó la espalda en un gesto de cansancio y anunció su despedida.

–Nos veremos mañana –dijo el herido–. Espero poder dormir. Que descanses, hermano.

César salió y por las escaleras de piedra llegó a la planta superior. Sigilosamente se acercó a una de las puertas y llamó con los nudillos. Una dama de cara seria la entreabrió. Al verlo se hizo a un lado, le franqueó el paso y abandonó la estancia. El cardenal cerró la puerta tras de sí.

–Buenas noches, querida cuñada.

Los labios de Sancha se dilataron en una sonrisa ansiosa. Alargó una mano y apartó las sábanas.

Los que tras la muerte del duque de Gandía creyeron en el arrepentimiento del Sumo Pontífice y en sus intenciones de reformar la Iglesia, de hacer una limpieza de sus nefastas costumbres así como de sus vicios personales, comprobaron con desolación y enojo que sólo habían sido palabras motivadas por la consternación del momento. Los escándalos de los Borgia seguían goteando lenta pero inexorablemente, tal como venían haciendo desde mucho antes de que el poderoso cardenal Rodrigo Borgia se convirtiese en el papa Alejandro VI. El matrimonio de Lucrecia con Giovanni Sforza fue finalmente anulado en el otoño, y César comenzó a comentar, de manera informal y es-

porádica, sus deseos de abandonar los hábitos y dedicarse a la vida mundana.

Lorenz Beheim se lo oyó decir en una fiesta ofrecida por el cardenal Piccolomini en su palacio. Lo soltó en medio de una conversación, sin darle especial importancia, y luego se retiró a otro grupo de invitados, pero el comentario fue la comidilla de la noche. Beheim sonrió, admirado una vez más de la sutileza del joven cardenal.

–Parece que Su Santidad ha encontrado en César al perfecto sustituto del malogrado Juan.

Lorenz Beheim se volvió. El banquero Chigi, viejo amigo de la familia, le miraba sonriendo, con su copa de vino en la mano.

–¿Por qué decís eso? –preguntó, sin poder disimular su conformidad con el comentario.

–Lo sabéis tan bien como yo –respondió el otro–. Y cualquiera que conozca un poquito a los Borgia puede darse cuenta de que la maquinaria se ha puesto en funcionamiento. Ved, si no, cómo nuestro querido cardenal va esparciendo semillas aquí y allá.

El armero mayor observó a César conversando con unos y otros, envuelto en su impecable túnica púrpura, luciendo sus dedos cargados de anillos, su pequeña tonsura.

–Sí, puede ser –admitió–. Tal vez sea su forma de irlo anunciando.

–Y de estudiar la reacción de sus enemigos. Nuestro Santo Padre no mueve un dedo sin un motivo concreto. Vos lo sabéis mejor que yo, querido Beheim –añadió con malicia.

El armero sonrió, prudente, como siempre.

–Y no toméis mis palabras como crítica hacia tal decisión –apuntó el banquero–. César será un digno sucesor de su hermano. Es más, pienso que Su Santidad se equivocó hace años al disponer los papeles de sus hijos. Nunca debió...

–Eran otros tiempos, estimado Chigi. En aquellos momentos, destinar a Juan al mundo de las armas y a César al

de la Iglesia era a todas luces lo más razonable. Juan apuntaba maneras de gran soldado, aunque luego no die-
ra la talla esperada, y recordad que César fue un universi-
tario excelente.

—Sí, puede ser. Repito: vos lo sabéis mejor que yo.

Cruzaron una sonrisa en el preciso instante en el que el cardenal Piccolomini reclamaba la atención de los invitados para presentar a los músicos que iban a amenizar la velada. Lorenz Beheim aprovechó la interrupción para deshacerse del sutil acoso del banquero. Tomó asiento y se dispuso a escuchar la interpretación. Observó de reojo a Chigi, ubicado varias sillas a su izquierda. Claro que sabía mejor que él todo lo referente al mundo privado de los Borgia. Después de veintiocho años a su servicio conocía más de ellos que la mayoría de los presentes que, en aquellos momentos, deleitaban el oído con el sonido mordiente del clavicémbalo y las notas nerviosas del laúd, pero ni él ni nadie iba a conocer por su boca nada que los Borgia no dijese previamente por las suyas. Buscó con la mirada a César, acomodado cerca de los músicos, entre un obispo y el anfitrión de la velada. Observó su perfil sereno, su espalda recta, el leve movimiento de su cabeza mientras seguía la melodía. Estaba convencido de que, pese a la apacible relajación que aparentaba, su mente estaba puesta en el futuro que, de alguna forma, había comenzado ya para él, ese futuro que para todos, incluso para el propio Papa, su instigador, se presentaba como una gran incógnita.

Sabía que la idea de convertirse en el brazo armado de la Iglesia siempre había estado en los anhelos del joven, pero renunciar al capelo cardenalicio no era de su total agrado; los miles de ducados que cada año percibía por ello le otorgaban un poder y le permitían llevar una vida de lujos de los que no era fácil desprenderse. Había pedido a su padre combinar ambas cosas, pero Alejandro tenía otros designios para él. De lo que sí estaba seguro era de que el Valentino acataría sin una objeción lo que el Papa dispusiera. Posiblemente, reflexionó, César jamás deseó el papel que su padre le tenía reservado en la vida, pero nunca se opuso, nunca le llevó la contraria, ni cuando a los seis años le nombraron canónigo de la cate-

dral de Valencia, arcediano de la Colegiata de Játiva y rector de Gandía; ni cuando a los nueve le hicieron tesorero de la catedral de Mallorca y canónigo de la de Lérida; ni cuando a los dieciséis recibió el título de obispo de Pamplona; ni siquiera cuando a los dieciocho era nombrado cardenal y su camino estaba ya sobradamente marcado hacia la carrera eclesiástica. No, nunca se había enfrentado a los deseos de su padre. Y ahora tampoco lo haría.

Roma, invierno de 1498

—**P**ara una de las hojas deseo que dibujéis un altar, y sobre él el toro del escudo de mi familia. Alrededor de todo ello, doncellas con canastos de flores sobre la cabeza y sacerdotisas desnudas, de cuerpos tentadores. Debajo un lema, que aquí os traigo escrito y que deberéis resaltar con la mejor de vuestras caligrafías.

El hombrecillo se inclinó sobre el papel y leyó entre dientes.

—CUM NUMINE CAESARIS OMEN.

—Exactamente —confirmó orgulloso—. Para acabar, un gran círculo y dentro de él las cinco letras de mi nombre, cuya disposición confío a vuestro talento; una escena del paso del Rubicón con la frase “lacta Est Alea”, y un Cupido con una venda en los ojos y un pequeño arco en las manos. ¿Alguna duda?

—Ninguna, Eminencia.

El pintor examinó atentamente las indicaciones anotadas, haciendo velozmente una composición del trabajo encomendado.

–Será una espada única –musitó para sí.

–No os quepa duda.

–¿A qué maestro encargaréis su cincelado?

–Al platero Ercole de Fedeli.

El artista aprobó la elección con un significativo gesto de su boca.

–¿Y en el otro lado de la hoja? –preguntó súbitamente–. ¿Qué deseáis que figure en el otro lado?

–A su tiempo, maese Bernardino –sonrió–. A su tiempo. Vos id preparando los esbozos de ésta y a su tiempo os traeré los de la otra.

Tomó sus guantes de piel y paseó una vaga mirada por el taller. Al fondo, debajo de la ventana a través de la cual se colaba la claridad grisácea del día, dos ayudantes preparaban cubos de diferentes pinturas y más allá otros dos desarmaban un andamio. Se dirigió hacia la salida. El maestro Bernardino de Betti le abrió la puerta.

–Os agradezco vuestra confianza, Eminencia –dijo con una leve inclinación de su casposa cabeza.

–Os la habéis ganado con creces, maese Bernadino. Las salas del Vaticano que vos pintasteis son la admiración de cuantos las contemplan.

El pintor retorció su raquíptico cuerpo en una nueva reverencia y permaneció en la puerta hasta que el cardenal Borgia se reunió con sus hombres y marchó calle abajo sobre su flamante caballo. Antes de volver al interior del taller oteó el cielo apagado de enero y arrugó el morro ante la lluvia que no tardaría en caer.

Siempre que podía, César rechazaba las invitaciones a comer que con frecuencia solía hacerle su padre. La frugalidad del Pontífice y la sencillez de los alimentos que acostumbraba a consumir hacían que compartir mesa con él fuese más una penitencia que un placer. Aquel frío mediodía, sin embargo, fue el propio cardenal quien insistió en ello, y poco después de abandonar el taller del pintor

se encontraba devorando, mano a mano con Alejandro, el plato único del día: pollo con salsa de almendras.

El Papa comentó, con su aparente despreocupación habitual, las reacciones que los Orsini y los Colonna estaban teniendo ante los rumores de su abandono de los hábitos, y, pasándose la mano por los grasientos labios y echándose hacia atrás en su silla al acabar de rumiar los huesos de su plato, clavó los ojos en su hijo y preguntó con maliciosa sonrisa:

–Pero bueno, imagino que esos asuntos, por mucho que debamos tratar de ellos, no te preocupan en exceso en estos momentos –hizo una pausa, entornando los párpados–. Cuando has sido tú mismo el que te has ofrecido a acompañarme en la comida, seguro que hay algo muy importante que deseas decirme.

César no rió la sorna de su padre. Por el contrario, desvió la mirada y después de meditar la respuesta unos instantes, le miró con firme decisión.

–Vos lo habéis dicho: algo muy importante.

Alejandro se arrellanó en la silla.

–Tú dirás.

–Se trata de Lucrecia.

–¿Qué ocurre con Lucrecia?

César se peinó con los dedos el fino bigote.

–Ha llegado a mis oídos que mientras estuvo viviendo en el convento de San Sixto mantuvo relaciones con un hombre.

–¿Relaciones? –preguntó frunciendo el ceño–. ¿Qué tipo de relaciones?

–Las únicas que una mujer y un hombre pueden mantener a escondidas.

El semblante de Alejandro se endureció. Tomó aire.

–¿Con quién? –preguntó secamente.

–Con Perotto.

–¿Con Perotto? –exclamó sin dar crédito–. ¿Con Perotto? ¿Con mi propio camarero? ¿Con uno de los hombres de mi mayor confianza?

–Eso me han dicho.

La gruesa nariz del Pontífice pareció ensancharse aún más por la ira que había coloreado su rostro.

–¡Malditas monjas! –gritó fuera de sí–. ¡Malditas rame-
ras hijas del diablo! ¡Haré que les cierren el convento,
que las expulsen a todas, que las azoten!

Pocas veces había visto César a su padre perder de
aquella manera la compostura. Se inclinó sobre la mesa y
tomó una de sus manos.

–No debemos culparlas a ellas –se apresuró a decir–.
Estoy convencido de que son ajenas a todo esto.

–¿Ajenas? Un entendimiento así no se produce sin el
consentimiento de un tercero. ¿Quién es entonces el que
lo propició?

–De momento sólo poseo indicios. Dadme un tiempo
y podré confirmaros hasta el último detalle.

–Cuanto antes –apremió atenazando ahora él la mano
del hijo–. Cuanto antes.

César se limpió los labios con el mantel, se sacudió las
migas y se levantó.

–¿Adónde vas? –preguntó el padre de mala gana.

–Tengo cosas que hacer.

–Ve entonces –dijo apoyando el brazo en la mesa y
rascándose la frente–. A todo esto... –exclamó–. ¿No ha-
bías quedado hoy con tu hermano para salir a cazar?

–Así es, pero me han surgido contratiempos. Le man-
dé aviso esta misma mañana, al salir el sol.

–¿Y ha ido él?

–¿Por qué no iba a hacerlo? Los monteros, perreros y
halconeros estaban preparados. No iba a dejar a los de-
más acompañantes por mi ausencia.

–Sí –admitió con una mueca de crítica hacia sí mismo–.
Ve, hijo, y tenme al corriente de todo.

César salió del Vaticano y se internó en una de las ca-
lles que corrían paralelas a la avenida del Borgo. Al llegar
a uno de los últimos palacios que se levantaban cerca del
castillo de Santangelo pidió ver a su dueña.

–Se encuentra indispuesta, Eminencia –informó el mayordomo–. Lleva desde el mediodía encerrada en sus habitaciones.

–¿Sola?

–No, Eminencia. Dos damas la acompañan.

–Anúnciale mi visita. Y dile que hay algo urgente que debo notificarle.

El hombre regresó enseguida y, con una reverencia, le pidió que le siguiera. Subieron las escaleras hasta la primera planta, caminaron hasta la puerta doble y, tras abrirla, el mayordomo se retiró. El cardenal observó con indiferencia las dos o tres tablas pintadas colgadas de las desnudas paredes. Se abrió una de las puertas laterales y asomó una dama de cabellos rizados, recogidos en una cofia de red.

–Mi señora se encuentra indispuesta –anunció con una risita irónica abortada en los labios–, pero os recibirá. Haced el favor de pasar, Eminencia.

César aceptó la invitación. Entró en la habitación e inclinó la cabeza ante la joven tendida en el lecho.

–Querida cuñada... –saludó.

–Cardenal –exclamó ésta con acento de sorpresa–. ¿Qué os trae por aquí?

–¿Qué os ocurre? –preguntó eludiendo la respuesta–. ¿A qué se debe vuestra indisposición?

–Nada grave –bromeó–. Nada que vuestra presencia no pueda aliviar.

Bastó esa simple frase y una elocuente mirada para que las dos damas doblaran las rodillas ante el cardenal Borgia y se retiraran, indicando a modo de aviso que permanecerían en la sala contigua. Sin apartar los ojos de los de la joven, César se despojó lentamente de los hábitos y de la ropa interior y se metió bajo la colcha. El roce de la piel de la mujer y el tibio calor de las sábanas le encendieron de tal manera que, en contra de lo que acostumbraba, la rodeó con los brazos y se subió sobre ella sin un beso, sin una caricia. La joven lo recibió con una risa escandalosa.

–Moderad vuestro júbilo –bromeó él perdiéndose en su espesa cabellera negra–. Vuestras damas podrían asustarse y entrar sin llamar.

–No hay peligro –rió–, las tengo bien enseñadas. Saben cuándo tienen que entrar y cuándo aguardar fuera.

–Ya lo veo.

–Exactamente igual que vuestros perros de caza –dijo con intención, en un ronroneo provocador–. Ellos también saben cuándo salir al campo y cuándo quedarse en...

Sancha profirió un gemido ronco, se arqueó en un respingo felino y, abrazándose férreamente a su amante, clavó en su hombro sus pequeños dientes blancos. Excitado por el ardor de la muchacha, César se separó bruscamente para, de inmediato, penetrarla de nuevo y volver a escuchar sus placenteros gemidos en su oído. Envueltos en un torbellino de sudores, jadeos, gritos, desenfundados besos y obscenidades, se poseyeron mutuamente en una larga pelea sobre el lecho. Hacía semanas que no lo compartían y el reencuentro bajo las mantas, en aquella fría tarde, hizo estallar todas las pasiones contenidas.

Cuando al fin se separaron, él cayó de espaldas y ella liberó un suspiro largo y exhausto, cargado de deseos satisfechos. Abrió las piernas a modo de tijera y se complació en sentir el placer correrle como hormigas por cada rincón del cuerpo. Con los ojos aún cerrados, sintió el respirar del hombre tendido a su lado. Deslizó su mano y la dejó vagar por su pecho, por su vientre duro, por sus ingles. La posó sobre su miembro flácido y acarició su humedad.

–Me habéis tenido muy olvidada –pronunció con voz desfallecida, tanto que, ante el silencio del amante, sospechó no haber sido oída–. Os echaba de menos –dijo en voz más alta.

–También yo a vos.

–¿Seguro? –increpó sin dureza–. He oído decir que esa bonita siciliana que os trajisteis de Nápoles endulza vuestras noches.

Siguió un prolongado silencio. La muchacha se incorporó, apoyándose en uno de sus brazos, y buscó el rostro del hombre.

–Intuyo que algo os preocupa –dijo.

–¿Y también intuís el qué? –preguntó torciendo la boca en una breve sonrisa. Ella enarcó las cejas, frunció mimosamente los labios y, pasando suavemente el dorso de su mano por la fina barba del mentón, dijo:

–Quizás sí.

Se miraron.

–Quizás vuestra preocupación tenga que ver con el futuro que os espera cuando dejéis de ser cardenal. Quizás... os preocupe el dónde y el cómo obtener los miles de ducados que dejaréis de cobrar. Quizás... –sus pupilas relampaguearon–, os preocupen los rumores que corren por ahí... los rumores que hablan de que cambiaréis vuestros títulos y dignidades con los de vuestro hermano.

–¿Quién dice eso?

–Lo sabéis tan bien como yo.

–Necedades.

–¿No os parecería un buen cambio?

–No puedo decíroslo. No lo he valorado ni lo valoraré. Sólo son necedades de estúpidos que no tienen otra manera de matar su aburrimiento.

–¿Y si por un momento lo pensárais? ¿Y si el acuerdo llegara a producirse? ¿Entraría yo en el trueque?

Se estudiaron fijamente. Los negros cabellos de la joven caían en cascada sobre el rostro de César, rozando su frente, sus mejillas.

–Querida Sancha –pronunció retador–: jamás os aceptaría por esposa.

Y, sin darle tiempo a replicar, se giró a un lado, sentándose en el borde del lecho.

–¿Por qué? –oyó decir a sus espaldas.

Se volvió hacia ella, acarició su nariz pecosa, la besó con pasión y luego, pegando la boca a su oído, susurró:

–Porque nunca me fiaría de vuestra fidelidad.

–Perotto...

–Decidme, Su Santidad.

–Durante los meses que la señora Lucrecia pasó en el convento de San Sixto, tú fuiste a menudo a visitarla. Si no recuerdo mal, eras el encargado de llevarle mi correspondencia, ¿no es cierto?

–Cierto es, Su Santidad.

–Y cuando así sucedía, dime: ¿solías verla o entregabas las cartas a otra persona?

El Pontífice vio cómo la navaja cargada de espuma se detenía a mitad de su mejilla. Sintió en la nuca la súbita tensión de la mano en ella apoyada. Contuvo la respiración y, por un fugaz instante, cuando una ola de terror le corrió de arriba abajo, se maldijo por su imprudencia.

–A veces... –contestó el camarero–. A veces se las entregaba a alguna de sus damas; en otras ocasiones, las depositaba en sus propias manos. ¿Por qué me hacéis esa pregunta, Su Santidad? ¿Obré mal al hacerlo así?

–En absoluto, Perotto –dijo recobrando su natural aplomo–. Quería solamente preguntarte si, en el caso de que hubieses llegado a tratarla, llegaste a percibir en ella alguna inclinación hacia la vida religiosa. Las intenciones que manifestó tras la muerte de su hermano, el duque de Gandía, si bien después no ha vuelto a repetir las, me preocupan. No creo que sienta realmente la vocación y me dolería que equivocase su futuro.

Perotto mostró al Pontífice su mejor sonrisa al colocarse delante de él para rasurarle bajo la nariz.

–No creo que persista en su propósito, Su Santidad –repuso–. Apenas intercambiaba con ella un par de palabras cada vez que la veía, pero, francamente, jamás advertí en ella una actitud firme de tomar los hábitos.

–Me alegra escucharlo. Crees, como yo, que lo mejor que podría hacer es casarse, ¿verdad?

–Por supuesto. Es la mejor condición para una mujer.

–Dices bien. Y más para una que arrastra el lastre de un matrimonio fracasado, como la pobre Lucrecia. Si tar-

dará en casarse de nuevo, no faltarían especulaciones acerca de su honradez. Las malas lenguas de esta ciudad no tardarían en sacarle amantes y escándalos –dijo en tono divertido, buscando el fondo de los ojos del muchacho, quien, limpiándole la cara con un paño húmedo, respondió afirmando con la cabeza y una sonrisa muerta en los labios.

Michelle Corella llegó a Roma una tarde de lluvia cerrada. Nubes de bruma cubrían las aguas del Tíber cuando atravesó el puente que llevaba al barrio de Trastevere. Se cruzó con niños descalzos que comían desperdicios sentados bajo un carro, con mujeres que cargaban cestos de ropa húmeda, con otras que, desde oscuros portales, le ofrecieron sus favores por unos pocos florines, con perros que se disputaban un trozo de gallina en un charco de agua pestilente y con hombres que, al pasar, le miraron por encima del hombro.

Cenó en un mesón concurrido, bebió hasta que se sintió mareado y luego, envuelto en su capa, cubriendo su monda cabeza con el sombrero de viaje, buscó un prostíbulo. Recordaba uno al fondo de un callejón. Dio con él después de deambular en la oscuridad apenas rota por candiles colocados, aquí y allá, en algunas ventanas. Pasó al interior y en el anciano ronco que le atendió reconoció al dueño de siempre. Entre las tres mujeres que le presentaron escogió a la de pechos más grandes y se encerró con ella en un cuarto que apestaba a sudor y a orines de gato. La montó dos veces consecutivas y se quedó dormido con la cara entre las dos masas de carne que tanto lo habían excitado. Despertó cuando el amo del local golpeó violentamente la puerta haciéndole saber que si seguía allí debería abonar otro tanto de lo que ya había pagado.

–¡Vete al infierno! –respondió malhumorado–. ¡Pagaré lo que tenga que pagar! ¡Déjame en paz!

Entreabrió los párpados. La llama de la vela agonizaba chisporroteando y agitándose, negándose a extinguirse. Un instante antes de hacerse la oscuridad pudo ver la es-

palda blanca de la mujer. Se abrazó a ella y se durmió placidamente. Abandonó el tugurio cuando la claridad del nuevo día apenas era una penumbra engañosa. Se arrebujó en la capa, se caló el sombrero hasta las orejas para combatir el frío del amanecer y se encaminó hacia el puente. Tan sólo el goteo aislado desde los aleros de las casas acompañaba el sonido de sus pisadas. Algunas chimeas comenzaban a vomitar volutas de humo gris. Su fino oído captó el rumor de otros pasos. Prestó atención, sin detenerse. Eran pasos, en efecto. Detrás de él. Intentó adivinar el número de pies. Cuatro... tal vez seis. Dos, tal vez tres personas. Atravesó una plazoleta en la que un sauce viejo lloraba lluvia sobre los charcos. Incrementó la marcha. Las pisadas que lo seguían se hicieron más precipitadas. Lo seguían. Cruzó la callejuela en diagonal, cambió de dirección. Una puerta chirrió no demasiado lejos. Los pasos se sintieron más cerca. Lo seguían. Estudió el entorno en un vistazo de fiera acosada.

Los hombres que le perseguían se dieron de bruces con él al doblar una esquina. Frenaron en seco.

–¿Qué queréis de mí?

–Tus dineros –respondió el más alto de los tres, repeniéndose a la sorpresa.

–No tengo dineros.

–No intentes burlarte de nosotros, bastardo –amenazó el de la cara rasgada por una vieja cicatriz–. Tus ropas no son las de un príncipe, pero tampoco las de un haragán.

–Ya os lo he dicho –repitió sin dejarse intimidar–. No tengo dineros encima. Me he gastado hasta el último florín con una puta.

–Pues las cadenas, las joyas... –exclamó el de la cicatriz acercándose con intención de buscarle entre los ropajes–. Lo que lleves de valor.

Michelle Corella lo enganchó por la pechera, lo atrajo hacia sí y le hundió el puñal en el estómago. Para cuando el alto quiso dar un paso se encontró con la espada de Corella pinchándole la nuez.

–Un movimiento y respirarás por la garganta –rugió mirándole a los ojos–. ¡Tú! –gritó al tercero, apuntándole con el cuchillo que acababa de extraer del cuerpo de su compañero, quien, taponándose el agujero con las manos, caía pesadamente sobre el barro de la calle–. Carga a este desgraciado –dijo al tiempo que le propinaba una patada– y llevadlo a donde lo puedan atender. ¡Y rápido!, se está muriendo.

El hombre soltó su espada corta, que levantó un quejido metálico en el silencio del amanecer, y obedeció. El alto retrocedió varios pasos, guardó su arma entre las ropas y siguió al amigo. Cuando se perdieron de vista, un insulto y una amenaza llenaron de ecos las callejuelas. Michelle Corella sacudió la cabeza, limpió el puñal con la gorra del infeliz, que había quedado tirada en el suelo, y se alejó a toda prisa. Por un ventanuco alto asomó una cara asustada y se oyeron voces de alarma.

En el barrio de Parione pagó por un buen baño caliente y después se hizo rasurar y adecentar la capa y las botas. Poco antes del mediodía cruzaba el puente de Santangelo y se encaminaba hacia el Vaticano. En su puerta solicitó a los guardias ver al cardenal Borgia. Le respondieron que era necesaria una instancia para ser recibido por su Eminencia. Rogó le avisaran de su presencia, pero ellos insistieron en mantener el protocolo.

–Vengo de muy lejos –dijo con voz tenebrosa, mirán-doles fijamente a los ojos–. Puedo aseguraros que al cardenal no le va a hacer ninguna gracia el trato que me estáis dispensando.

Intercambiaron una mirada interrogante. Uno de ellos hizo una seña y el otro marchó hacia el fondo del portalón. Cuando regresó pidió al desconocido que le siguiese y lo condujo hasta una pequeña sala. Una vez a solas, Corella se despojó del sombrero de viaje. Contemplaba una tabla pintada colgada de la pared en el momento en que sintió abrirse la puerta a sus espaldas. Se volvió. La alta figura vestida de púrpura estaba inmóvil en el umbral. Sus largos brazos se abrieron.

–¡Micheletto! –exclamó.

–¡Valentino!

Se fundieron en medio del salón. El cardenal tuvo que inclinarse para acoplar los cuerpos. Se estrecharon con fuerza, con ganas.

–Micheletto... no sé qué decirte. ¡He pensado en ti tantas veces...!

Le invitó a sentarse junto a la ventana por la que un enfermizo sol se colaba, iluminando la estancia.

–He venido sobre todo –dijo Michelle Corella tras las primeras frases atropelladas– para traerte personalmente mi pesar por... lo de tu hermano, el duque de Gandía.

–Gracias –agradeció César.

–No pude hacerlo antes. Al tener noticia de su asesinato maldije mil veces a los asesinos y lamenté no poder estar a tu lado.

César asintió. Después desvió la conversación. Preguntó por aquellos años de silencio, confesándole su preocupación por la falta de noticias y por la incapacidad de dar con su paradero. El amigo se disculpó; explicó que había estado algún tiempo en Génova y que más tarde cruzó el Adriático para combatir a los turcos, en una expedición privada promovida por unos ricos comerciantes venecianos, que se saldó con un estrepitoso fracaso.

–Caí preso de esos infieles –confesó con un ribete de vergüenza–. Pasé año y medio en sus cárceles. Son tan terribles como se dice –aseguró intentando bromear. César devolvió la sonrisa triste–. Ésa fue la razón de que no pudiera estar aquí, contigo, en aquellos momentos tan duros.

–¿Cómo conseguiste la libertad?

–Perdiendo dos dedos de un pie en la fuga, pero mereció la pena. Los carceleros perdieron más –rió en una especie de tos.

–¿Cómo no acudiste a mí? Hubiera pagado el rescate sin que...

–Los amigos no están para ser molestados, Valentino.

César no replicó. Se limitó a reconvenir su tozudez con una mueca de resignación.

–¿Has vuelto a competir en las carreras de Siena?
–preguntó Corella.

–Hace años que no lo hago.

–Lo pasamos bien allí –dijo con nostalgia–. Tus tretas para llevar tu caballo el primero hasta la meta se hicieron célebres.

–Lo importante era ganar.

–Sí –sonrió–. Lo importante era ganar.

César contempló con cariño al amigo que se sumía en los recuerdos con una tierna melancolía. Lo vio cambiado, ligeramente envejecido para su edad. Si la memoria no le engañaba, Micheletto le llevaba cuatro años, por lo que ya habría cumplido los veintiséis o veintisiete, pero los surcos de sus mejillas y la cabeza enteramente rapada le añadían bastantes más. Advirtió la pequeña cicatriz oscura de su mentón y la relacionó, al igual que el latente resentimiento de su mirada, con los meses de cautiverio. Lo lamentó en lo más hondo. Michelle Corella, Micheletto, había sido uno de los mejores amigos de sus tiempos de estudiante en la Universidad de Pisa. Poseía capacidad para el aprendizaje, pero su carácter le alejaba de los libros y de las aulas y le acercaba a las tabernas. No provenía de una familia acaudalada, como la suya o como la de Juan de Médicis, por ejemplo, pero ello no impidió que desde el primer día de conocerse se profesaran una amistad sincera que, con el tiempo, se hizo sumamente sólida. Habían compartido buenos y malos momentos y, en estos últimos, Micheletto siempre había respondido con una fidelidad inquebrantable.

–Me enteré del engaño al rey de Francia –dijo el amigo, dejando a un lado los recuerdos de juventud–. Me emborraché a tu salud.

César dibujó una sonrisa carente de vanidad.

–Durante un tiempo no se habló más que de aquello y de tu posterior huida. Oí que los volviste locos, que no sabían por dónde buscarte. Me sentí orgulloso de ti.

–Fue duro –repuso con cierta amargura–. No me gusta sentirme fugitivo en mi propia tierra.

–Pero le venciste.

–Tuvimos suerte –reconoció–. Tomó Nápoles con facilidad, pero después se ahogó en su propia gloria. Para cuando quiso darse cuenta tuvo que huir de Italia como un perro apaleado. De haber sido inteligente... lo habríamos pasado mal, muy mal.

–¿Es tan horrendo como se dice?

–Como el más horrendo de los bufones. Su presencia provoca náuseas.

–Compadezco a su mujer. Su belleza es notable en toda Europa.

–La belleza de Ana de Bretaña ha inspirado a muchos poetas.

Michelle Corella meneó la cabeza y farfulló una frase de compasión hacia la pobre reina de Francia.

–¿Es cierto que dejas los hábitos? –preguntó después, frunciendo el ceño.

–Sí.

En la seca respuesta, el veneciano entendió que no debía indagar en los motivos de aquella decisión.

–¿Y tú?, ¿qué propósitos tienes tú? –inquirió César–. ¿Vas a quedarte en Roma?

–Es mi idea hacerlo una temporada. Después... no lo sé. Un siciliano que conocí en Génova marchó a España antes de mi cautiverio, con intención de embarcarse hacia ese Nuevo Mundo del que tantas maravillas se hablan. Estoy barajando la posibilidad de viajar a Sevilla y buscarle. Aunque no las tengo todas conmigo. No me agrada dejar Italia, y menos para buscar fortuna en una tierra que al parecer está llena de riquezas, pero también de salvajes. Hay quien dice de ella que detrás de su embrujadora belleza se esconde el mismísimo infierno. Nunca me ha movido el afán de enriquecerme, ya lo sabes; me conformo con que no me falte un techo, una jarra de vino, una mujer y un amigo.

Calló, buscando la aprobación de César, pero éste no hizo comentario alguno. Desde hacía unos instantes le observaba fijamente con un brillo especial chispeándole en los ojos.

—¿Te gustaría entrar a mi servicio?

El rostro curtido de Michelle Corella se arrugó en una mueca de estupefacción.

—¿Trabajar para ti?

—Trabajar a mi servicio. Conmigo.

El veneciano se rascó la pelada cabeza. Respiró con ansiedad.

—Mi futuro va a experimentar un cambio —dijo César—. Necesito a mi lado hombres de confianza. Que me entiendan, que me soporten —su mirada se ensombreció—: que ejecuten lo que yo pienso.

Se miraron como jamás antes lo habían hecho.

—No tendrás otro más fiel que yo —afirmó Michelle Corella.

El gesto del cardenal se distendió en una satisfecha sonrisa.

En la pequeña Cámara de Audiencia, que unía la Cámara del Papagayo con el Salón del Trono, el anciano notario Camilo Beneimbene mostró y entregó al Pontífice los últimos documentos, ya cumplimentados, en relación con la reciente anulación del matrimonio de Lucrecia y Giovanni Sforza, y tomó nota de los trámites que debería seguir en el proceso del nuevo casamiento que se estaba preparando para la joven. Tendió el borrador al Pontífice y, mientras éste lo ojeaba con párpados entornados, le observó fijamente, reparando en la leve sonrisa aparecida en sus labios. Estaba seguro de que aquel paso no era el único que el Santo Padre tenía en mente para hacerse fuerte en la disputa que, desde años atrás, mantenía con algunas de las más poderosas familias de Roma y con los grupos de españoles partidarios de Fernando e Isabel.

Alejandro depositó el papel sobre la mesita, expresando su satisfacción. El notario lo recogió, prometiendo guardar reserva profesional, a fin de evitar que los contrarios al acuerdo divulgasen habladurías y críticas antes de tiempo. El Pontífice confesó en un comentario jocosó su total indiferencia acerca de lo que pudieran decir.

–Deberíais prestar más atención a las muchas fábulas que se propagan por ahí, Su Santidad –dijo–. Algunas no son más que simples...

–¿Fábulas decís? ¿Qué clase de fábulas?

–Las que corren desde hace años por toda Italia, especialmente por nuestra ciudad. No son nuevas, Su Santidad, circulan desde el mismo día de vuestra elección.

–¡Bah! –despreció con una sonrisa y un desdeñoso gesto de su mano–. Ya he tenido noticias de algunas de ellas: consejas para estúpidos.

–¿Sólo de algunas? –preguntó el anciano arrugando el rostro, haciendo que la escasa barba blanca de sus mejillas se perdiese en los pliegues–. ¡Santo Cielo, qué felicidad la vuestra!, pero si a cada paso que dais vuestros tractores construyen una leyenda.

–Caramba –sonrió–, cuánto trabajo se toman. ¿Cuáles son las últimas? –inquirió con graciosa curiosidad.

–Ésas... ésas mejor no comentarlas –dijo eludiendo la respuesta.

–¿Por qué? ¿Tan graves son?

–El motivo de esas habladurías os dolería en exceso, Su Santidad.

–Hablan de mi hijo, ¿no es cierto? Del duque de Gandía.

–Sí, Su Santidad –contestó el hombre, arrepintiéndose de haber sacado el tema.

–¿Y qué dicen? –preguntó sin afección alguna.

Beneimbene le miró a los ojos antes de abrir la boca.

–No os preocupéis –animó Alejandro–. El verdadero dolor fue, y es, la muerte de mi hijo querido. Lo que puedan decir no lo aumentará.

El notario respiró con alivio.

–Dicen que el mismo día del crimen, Satanás y su corte de demonios se presentaron en la Catedral de San Pedro; que se oyeron por toda ella los ruidos del infierno y que se vieron miles de antorchas sostenidas por manos invisibles. Dicen también que cuando en octubre pasado cayó aquel rayo en el polvorín de Santangelo, ¿lo recordáis?

–¿Cómo olvidarlo? Reventó por los aires casi todas mis estancias.

–Pues la conclusión que sacan de aquel accidente natural es que se trataba del último aviso del Cielo para recordaros que no debéis sentir os inocente del asesinato.

–¿Eso es todo? –preguntó el Papa con sorna.

–Y que el fantasma del difunto Juan rondó varias noches por el castillo de Santangelo, ensangrentado y quejumbroso, buscando venganza.

Alejandro VI suspiró, encogiéndose de hombros, y exclamó:

–Lo que os decía: consejas para estúpidos.

–Pero a las que deberíais poner coto, Su Santidad. Las calumnias hieren.

–Las palabras no hieren, amigo Beneimbene –corrigió asentándose en el sillón–. Lo que hieren son las acciones. Sé perfectamente lo que de mí se dice por ahí –afirmó ahora más serio–, posiblemente una décima parte del total, pero lo sé. Y me da igual. Mis espaldas, como veis, son anchas y por ellas se deslizan todas las injurias, todas las calumnias. Los que me preocupan son los hechos. Además –sonrió de nuevo–, la mayoría de esas fábulas, como vos decís, no dejan de tener un toque cómico, y el pueblo se ríe con ellas, y es bueno que el pueblo se ría, que se divierta, que vea que tiene un Padre que no se ofende, un Padre que tolera. En Roma, a diferencia de Nápoles o Venecia, las habladurías demoníacas, los horrores de la magia, no cuajan. Aquí la gente prefiere reírse de todo y no preocuparse de nada.

–Sí, eso es cierto –admitió el notario con un mohín gozoso.

–Mis preocupaciones son otras. El futuro de Lucrecia; la situación, cada vez más tensa, con Francia y con España; los quebraderos de cabeza que me sigue dando ese dominico loco de Savonarola; las relaciones con los Orsini, con los Sforza, tan deterioradas últimamente... De ahí mi interés en buscar alianzas con el rey de Nápoles –calló repentinamente, como no queriendo dar más explicaciones de las que debía, por mucho que el notario Beneimbene fuese un viejo amigo de la familia.

El hombre captó la actitud del Pontífice y hábilmente desvió la conversación hacia la afición que desde hacía unas décadas se vivía en Roma hacia la cultura, hacia el conocimiento de la antigüedad. Un rumor de pasos proveniente de la Cámara del Papagayo distrajo su atención. En las sombras de la estancia destacaba una túnica roja.

–¡César! –exclamó Alejandro.

La túnica, que por unos instantes había permanecido inmóvil, se puso en movimiento y entró en la cámara que ocupaban los dos hombres.

–Eminencia –saludó el notario.

–Notario..., Santo Padre –devolvió el cardenal Borgia.

–No te esperaba hoy –confesó el Pontífice.

–Tampoco era mi intención visitaros –contestó César–, pero han surgido asuntos que debemos tratar.

Camilo Beneimbene supo entender el mensaje. Carraspeó, se inclinó hacia delante, ordenó los papeles desperdigados por la mesita y, haciendo unos últimos comentarios, se puso en pie cerrando su cartera de cuero. Un sirviente se presentó para acompañarle a la salida y, tras las despedidas, César ocupó el sillón vacío.

–¿Qué asuntos son éstos que no pueden esperar? –preguntó el Papa.

–Las sospechas en torno a Perotto y Lucrecia se han confirmado –respondió sin rodeos.

–¿Estás seguro?

–Completamente.

Alejandro apoyó el codo en el reposabrazos y el mentón en su puño cerrado. Durante un buen rato se mantuvo callado y reflexivo, perdida la mirada. Después, recomponiéndose, preguntó:

–¿Qué ocurrió en realidad?

El gesto de su hijo dejó bien claro el poco placer que le producía entrar en detalles.

–Durante sus visitas a San Sixto para entregar y recoger la correspondencia, vuestro camarero, Perotto, se veía con Lucrecia. En repetidas ocasiones mantuvieron tratos carnales, propios de marido y mujer.

–¿Con la ayuda de quién?

–De una de las damas de Lucrecia: Pantasilea. Tal como os adelanté, las monjas no tuvieron nada que ver.

Alejandro quiso creer que, a pesar de la seguridad de César, debía existir alguna mínima posibilidad de que hubiera un malentendido, pero el recuerdo de la reacción del joven Perotto durante su conversación derrumbó todas sus esperanzas. Se incorporó. Arrastrando los pies caminó hasta la pared. Se volvió.

–No puedo creerlo –dijo–. Uno de mis más queridos servidores... Perotto... casi todavía un adolescente... acogido a mi lado desde, desde que era un niño –fijó la mirada en César, que permanecía impassible en su sillón–. ¿Qué puedo hacer?

–Merece un castigo ejemplar –contestó éste sin titubeos.

–Es español... un buen español... y muy querido.

–Debemos hacer ver a los enemigos de los Borgia, vengan de donde vengan, que somos una muralla intocable, que nadie puede poner su mano sobre uno de nosotros porque se la cortaremos. Debemos ser duros y demostrar que sabemos devolver los golpes, y con más fuerza si cabe que los recibidos. Que somos una familia y que no perdonamos las ofensas, que el daño infligido a uno de nosotros lo vengaremos todos.

El Papa meditó sumido en sombrías dudas.

–Lo dejo en tus manos –resolvió al fin–. Lo que tú decidas bien estará.

El pulso de César se aceleró. Se incorporó lentamente, se despidió con sumo respeto y abandonó la estancia.

–¿Cuándo empezásteis a percibir su presencia? –preguntó Gaspare Torrella, médico personal del cardenal Borgia, pasando sus dedos sobre las llagas.

–A mi regreso de Nápoles. Algunos meses después.

El galeno examinó con detenimiento las marcas de los muslos y después, con igual atención, las que se apreciaban alrededor de las rodillas.

–Deberíais haberme puesto antes al corriente.

–No le di importancia. Eran tan sólo unas pequeñas úlceras que cerraban a los pocos días.

–Aun así.

–¿Es el mal francés? –preguntó César.

–Puede serlo... –respondió sin interrumpir el examen visual–. Mas no me atrevo a afirmarlo sin haceros algunas pruebas.

–No anduve con ninguna mujer enferma.

–No es preciso acostarse con mujeres enfermas para contraer la infección, Eminencia –repuso Torrella enderezando la espalda–. Podéis vestiros.

Se retiró hasta la mesita cercana al ventanal, se sentó en la silla y hundió la pluma en el tintero.

–De todas formas, en lo referente a esta enfermedad, los hombres somos muchos más débiles que las mujeres a la hora de contraerla –explicó de espaldas al paciente, mientras escribía–. Con que nos juntemos una sólo vez con una mujer enferma ya estamos contagiados, y en cambio ellas necesitan hacerlo veces y veces, y de forma continuada y con diferentes hombres, para contraer el mal. ¿Sabéis por qué?

–No. Lo ignoro.

–El fundamento es sencillo: el hombre es más propenso al contagio por su complexión más cálida y por tener los poros del miembro viril muy abiertos. De esa manera, los vapores corruptos que ascienden desde la matriz de la mujer enferma penetran por los poros del miembro del hombre y corrompen todo a su paso con gran celeridad. Mientras que, por el contrario, el semen recibido por la matriz, al ser ésta fría y seca, es expulsado con rapidez. Ésa es su ventaja. Además, Eminencia, si me permitís la confianza, durante los meses que pasásteis en Nápoles llevásteis una vida bastante desordenada, y esta circunstancia está en el origen de muchas infecciones.

–Bien –dijo el joven componiéndose los ropajes–, el pasado es pasado. ¿Qué me recomendáis?

El valenciano Torrella se volvió.

–Ya os he dicho que he de efectuaros algunas pruebas. No le déis excesiva importancia, tenéis una complexión fuerte y un organismo sano. Son escudos casi infalibles para combatir una infección.

Hacía tiempo que Lucrecia Borgia no disfrutaba tanto de una comedia griega. Cuando Fedro Inghirami, el joven actor que a menudo demostraba sus aptitudes en el teatro del cardenal Riario, finalizó su representación, la anfitriona, al igual que sus invitados de aquella noche, lo premió con sonoros aplausos. Julia Farnesio, con su abundante cabellera rubia recogida en una fina red de hilos de oro, se puso en pie y con una señal de su brazo hizo pasar a los sirvientes que esperaban fuera con bandejas de dulces y bebidas calientes. Lucrecia tomó asiento al lado del fornido escultor que, desde su llegada a la ciudad, gozaba de las mejores críticas y comenzaba a ser considerado, pese a contar solamente veintidós años, el artista más valorado de Roma.

–¿Estáis disfrutando, maestro Buonarroti?

–Mucho –respondió–. Os agradezco infinitamente vuestra invitación.

–Teneros entre nosotros es un verdadero privilegio –dijo Lucrecia sinceramente, alargando una mano hacia la bandeja que habían depositado en la mesita–. Un privilegio que no todos pueden disfrutar.

El escultor dejó entrever una sonrisa apurada.

–No... no es mi deseo despreciar a nadie –dijo–, mas si tuviera que asistir a todos aquellos lugares que me invitan, mi notoriedad –se ruborizó– se acabaría pronto. No tendría tiempo... para nada más.

Por primera vez sus ojos se encontraron y la deslumbrante expresión de la muchacha, la luz de su mirada, la sonrisa de su boca, contagiaron al joven, que sonrió a su vez, bajando la cabeza y mordiendo una galleta. Lucrecia lo observó con cariño. Las pocas veces que lo había tratado siempre le había sorprendido que un hombre que, por su robustez, sus rasgos duros y aquella nariz aplastada que le achataba el rostro, bien pudiera simbolizar la imagen del más bárbaro gladiador de la antigua Roma, fuera en realidad una persona introvertida, tímida, que arrastraba tras de sí, junto a los elogios por su talento, una extendida fama de sujeto huraño, huidizo y obsesivo con su trabajo.

–Ni siquiera para vuestros trabajos, que son sin duda alguna con lo que más disfrutáis –dijo ella por esa razón.

–Si pudiera encontrar la fórmula para poder vivir sin dormir, me pasaría la vida esculpiendo... pintando...

Lo dijo con tanto sentimiento que Lucrecia parpadeó, impresionada. Una sirvienta se acercó a ella y le susurró algo al oído.

–Díselo a Pantasilea y que ella se encargue de prepararlo –respondió Lucrecia.

–Muy bien, señora –la chica miró en derredor y, antes de marchar, preguntó–: ¿Dónde se encuentra la dama Pantasilea?

Sin dejar de masticar, Lucrecia paseó la mirada por los presentes en la sala, quienes, al igual que varias de sus damas, merendaban en un ambiente de gratas conversaciones. Fedro Inghirami, Adriana Ursina, el arquitecto Antonio Sangallo, el poeta Diomedede Guidalotto...

—¿Dónde está Pantasilea? —preguntó encogiendo la nariz.

—No lo sé, señora —contestó la sirvienta.

—Pregunta a la señora Farnesio —dijo.

Y reanudó la conversación con el escultor.

Hasta el día siguiente no volvió a hablarse de la dama Pantasilea. Al saber de su desaparición, de que todos sus vestidos seguían en su habitación, de que nadie la había visto desde la hora de la comida, Lucrecia se limitó a sonreír pícaramente y comentar que no había por qué preocuparse, que la joven se dejaría caer por allí a no mucho tardar. Pero cuando dos jornadas después tuvo conocimiento de que Perotto, el camarero personal de su padre, faltaba del Vaticano desde las mismas fechas, el corazón se le paró dentro del pecho.

—¿Quién asea al Santo Padre cada mañana? —preguntó por preguntar algo.

—Un camarero nuevo, señora —informó la confidente—. Español también.

—¿Y Perotto? ¿Qué se sabe de él? ¿Qué se dice de él?

—Nadie pronuncia su nombre en palacio, señora. Es como si jamás hubiese existido.

Lucrecia no podía conciliar el sueño, y cuando lo hacía se despertaba sobresaltada por confusas pesadillas. Sus damas de compañía, especialmente la principal de ellas, Julia Farnesio, procuraban no hablarle del tema, por mucho que éste flotase continuamente en sus conversaciones y miradas, y ella lo agradecía, pues no habría sabido qué decir al respecto. Cientos de hipótesis pasaban por su mente. La más temida de todas ellas cobró cruel realidad una semana más tarde, cuando Adriana de Milá, su pariente y regente de su casa, se presentó en sus aposentos con el semblante descompuesto y la noticia temblándole en los labios.

La nueva del hallazgo del joven camarero del Papa flotando dentro de un saco en las aguas del Tíber, amarrado a una dama de madonna Lucrecia, se extendió por toda Roma como la peste. Embajadores y secretarios se

apresuraron a notificarlo con la mayor premura a sus respectivos gobiernos, dotando al tétrico suceso de las más horrendas fantasías, en las que el nombre de César Borgia aparecía como principal responsable. Lucrecia se encerró en sus aposentos y permaneció varios días sin salir de ellos, sumida en un estado de angustias y temores que a menudo hacía hervir de fiebre sus sienes y pintaba de fuego la palidez natural de sus mejillas. El silencio que su familia mostraba respecto al crimen y a las graves acusaciones la hundía en una incertidumbre desquiciante. A pesar del miedo a estar en su presencia, deseaba que la puerta de su habitación se abriera y entrase por ella su hermano mayor. Le temía, y más en aquellos momentos, pero le reconfortaba el pensar que, desde niños, él había sido su mayor defensor y el único de sus hermanos con el que siempre había podido hablar con confianza, sin barrera alguna de sexos o edades. Anhelaba preguntarle qué sabía, qué pensaba, y si tenía algo que ver con los asesinatos, tal como se decía por toda Roma. Pero no tuvo valor para hacerlo cuando, días después, coincidieron en una cena familiar. En un momento dado, sus miradas se enfrentaron de parte a parte de la mesa y ambos se dijeron sin palabras lo que tenían que decirse.

Pensó que quizás fueran a darle una explicación la tarde en que recibió la comunicación de que Su Santidad y el cardenal Borgia le citaban en el palacio Vaticano, pero pudo comprobar que para ellos el asunto del Tíber había dejado de preocuparles, si es que alguna vez lo había hecho. En un principio, el motivo de su llamamiento la dejó sin habla.

—¿Por qué él? —preguntó después.

El Papa la miró con frialdad, carraspeó molesto y giró la cabeza hacia otro lado chasqueando pastosamente la saliva de su boca.

—Nos conviene estrechar lazos con la casa de Aragón en Nápoles —contestó César—. Imaginamos que no te ha sorprendido del todo —añadió después—. Los rumores hacía meses que iban de boca en boca.

No respondió. Miró en silencio a su padre, que se había aislado de la conversación y contemplaba el paisaje a

través de la ventana, y luego a su hermano, quien, ataviado con el hábito de cardenal, poco habitual en él últimamente, la contemplaba con su enigmática sonrisa prendida de los labios.

Por su cabeza aturdida pasó el preguntarles qué más lazos había que estrechar si ya Jofré había desposado a Sancha, la sobrina del rey de Nápoles y hermana de Alfonso, el candidato elegido para ella; por qué no la casaban con cualquier otro de los pretendientes que al saberla libre de nuevo habían enviado a sus secretarios al Vaticano para solicitar su mano.

–Tendrás un matrimonio dichoso –aseguró César al leer la incertidumbre en sus ojos claros–. Alfonso es de tu misma edad, culto, educado y, como ya sabes, está considerado el doncel más bello y apuesto de Italia.

Lucrecia lo sabía. Ese tipo de cosas corrían de ciudad en ciudad, de corte en corte, y se comentaba entre risas y excitaciones en las reuniones de mujeres, en los bailes... Lo sabía porque Sancha le hablaba de él a menudo, ponderando sus muchas virtudes y la explosiva belleza heredada de su madre, la hermosa Trussia Gazullo. Lo sabía porque además había conocido personalmente al agraciado napolitano años atrás, en la misma Roma, cuando era pupilo del latinista Brandolino Lippo. Sabía muchas cosas de él, y por todas ellas el compromiso no le desagradaba. Solamente quería saber por qué, ni siquiera por un instante, habían contado con su parecer. Luego, con su lánguida mirada azul perdida en el vacío, suspiró resignadamente, riéndose de su propia ingenuidad. ¿Por qué lo iban a hacer ahora si jamás lo habían hecho? A los once años la habían casado por poderes con el jovencísimo conde valenciano Gaspar de Prócida, enlace que posteriormente anularon porque convenía más desposarla con Giovanni Sforza, un viudo al que nunca amó pero junto al que podía haber llevado una vida tranquila si entre unos y otros no la hubieran salpicado de temores e intrigas, de escándalos y protestas, para abocarla a una tormenta de denuncias y acusaciones que acabaron en una borrascosa anulación.

–La boda se celebrará a principio del verano –sentenció Alejandro.

Lucrecia asintió y pidió permiso para ausentarse. Su padre la miró un instante, suspiró y tendió una mano hacia ella. La muchacha se acercó y la tomó.

–Hija mía –dijo el Pontífice con dulzura–. Nada hay para mí más importante que la felicidad de mis hijos. Quiero que comprendas que cada una de mis decisiones no tiene más fin que el procurar vuestro bien. Y, en lo que a ti respecta, el matrimonio con Alfonso de Aragón es lo que más te conviene en estos momentos. Y a la familia también, no lo olvides. Ambas cosas deben ir siempre unidas, tenlo presente.

–Lo tendré, padre.

–Y ahora ve, si así lo deseas, pero antes regálame una sonrisa, no quiero verte marchar con ese mohín de tristeza.

Acompañó su petición con un gesto mimoso, casi infantil, ante el que la joven no pudo contener un golpe de risa. Después, con la yema de los dedos, se enjuagó las lágrimas que, provocadas por el choque de emociones, habían asomado a sus ojos.

–Así me gusta, pequeña –dijo Alejandro–: que rías. Tu sonrisa es la alegría de esta casa. Dentro de unos días –añadió con tono misterioso– te daré una noticia que te hará olvidar todas tus aflicciones. Te lo prometo.

–¿Qué es? –preguntó intrigada.

–¡Ah! Si te lo digo ahora no será una sorpresa.

–¿Qué día me la dirás?

Alejandro se encogió de hombros y abrió los brazos.

–El mismo que se produzca. No depende de mí.

Lucrecia no logró sonsacarle más. Se retiró a su palacio de Santa María in Pórtico turbada e impaciente, lo primero provocado por el anuncio de su próximo casamiento y lo segundo por conocer la sorpresa prometida por su padre. Comenzaba a pensar que dicha sorpresa no era más que una argucia para tenerla distraída cuando Julia

Farnesio, su dama principal, le anunció la llamada del Vaticano. Acudió sin demora, repasando mentalmente todas las conjeturas que, durante aquel tiempo de espera, había ido enumerando en su cabeza. Nunca lo habría adivinado. Lo supo cuando se encontró con aquella criatura sonrosada, arrugada, que dormía encogida envuelta en ricas telas. César la contemplaba con una imperceptible sonrisa en los labios, Sancha y Jofré la miraban como si fuera suya y Alejandro con los ojos llenos de lágrimas.

–Tu nuevo hermano –le dijeron.

Atónita, no supo si reír o llorar de alegría. Observó a su padre y, acercándose a él, se abrazó a su ancho pecho, hundiendo su mejilla en la blanca túnica del Pontífice.

–No sabía... –murmuró extasiada.

–Como es lógico –sentenció César.

No había reproche en su voz, sino un tierno cariño. Lucrecia se separó de Alejandro, tomó la mano de su hermano mayor, la apretó y, tras una intensa mirada, bajó los ojos hasta el nuevo Borgia.

–¿Cómo se llamará? –preguntó.

Todos miraron a Alejandro. Éste suspiró dolorosamente, intentó mantener la sonrisa y anunció con voz entrecortada:

–Llevará el nombre de su hermano asesinado, mas no en español. No se lo merece esa patria que tanto mal me ha causado y que tan poco nos aprecia. Se llamará Giovanni, Giovanni Borgia.

Lucrecia frunció los labios y asintió con emoción contenida. Luego, al rozar con sus dedos la frente del bebé se preguntó quién sería la madre, pero no dijo nada. Supuso que su identidad permanecería oculta para siempre en el mismo secretismo que había envuelto el embarazo.

Roma, 5 de agosto de 1498

La espada de Giovanni Cervillón, capitán de la guardia pontificia, cayó con suavidad sobre las cabezas de Lucrecia y de Alfonso y se detuvo a un dedo del bonete de terciopelo negro que lucía él y de la cofia trenzada de joyas y perlas que recogía la parte superior de los cabellos de ella.

La pareja se encontraba arrodillada sobre un sitial de brocado, escoltada la novia por su hermano Jofré y el novio por Sancha, su hermana. La radiante luz del día que entraba por los ventanales de la sala del palacio de Santa María in Pórtico resbalaba por el raso morado de los hábitos de las tres damas de Lucrecia y por el carmesí de los trajes de los pajes de Alfonso. Dejando que las palabras del obispo volasen sobre ellos, los novios se miraron de reojo. Dos sonrisas traviesas y gemelas se dibujaron en sus labios.

–Vida mía –susurró él.

–Vida mía –contestó ella, apropiándose de la frase que, desde su primera noche juntos, se había convertido en santo y seña de su pareja.

La ceremonia, aunque les llenaba de alegría, era algo ajeno a ellos. La primera bendición ya la habían recibido quince días antes en el Vaticano. Ésta era su misa de bodas, su boda abierta a los invitados. Lo más importante de la misma, aparte de suponer el broche a su matrimonio, era gritar ante el mundo su felicidad, compartir con parientes y amigos los festejos que durante ese día y los siguientes se celebrarían en su honor.

Por la tarde, acompañados de damas, caballeros, pajes, gentileshombres, escuderos y familiares, Alfonso y Lucrecia se trasladaron hasta el Vaticano. Alejandro VI, sentado en un alto sitial lujosamente adornado, los aguardaba con la dicha grabada en el rostro. Se abrieron una a una las puertas y, de pronto, cuando ya el Pontífice los tenía a la vista, el complacido rumor de voces festivas estalló en una explosión de gritos. Como arrastrados por una ola, dos grupos de hombres rompieron el cortejo y se embistieron brutalmente. Las mujeres comenzaron a chillar, corriendo hacia todos lados, chocando, tropezando, intentando escapar de la pelea que se había formado; Alfonso abrazó a su mujer y la arrastró hacia uno de los ángulos; Alejandro VI se levantó inmediatamente y en compañía de dos cardenales corrió hacia el tumulto exigiendo que se detuviera la trifulca. Un secretario llamó a voces a la guardia, pero resultó inútil, pues eran los mismos guardias los que estaban enredados en la reyerta. Un obispo que había quedado atrapado entre los dos bandos salió lanzado contra la pared con los labios partidos; otro cayó de rodillas, huyendo a gatas entre el bosque de piernas. Aprovechándose de su corpulencia, Alejandro se abrió paso a empujones hasta llegar al meollo de la contienda. El alarido de horror de Lucrecia al ver cómo varias espadas y cuchillos amenazaban el cuello del Santo Padre congeló todos los corazones. Éste, por el contrario, permaneció firme, mirando duramente a quienes le apuntaban con sus aceros. Unos y otros se detuvieron como si un viento helado los hubiese paralizado. Una nube de jadeos, de ahogados lamentos, se extendió sobre el súbito silencio. Las armas volvieron a sus vainas.

—Es un día de nervios —dijo el Papa con aplomo—, mas no para demostrarlos de esta manera. Amigos, disfrute-

mos de esta fiesta como es debido. Nos espera la música y el baile. Permittedme que regrese a mi silla y acudid a mi presencia con la mayor de las alegrías.

Un suspiro de alivio sacudió las paredes. Separados por un mar de invitados que se recuperaban del susto y recomponían sus ropas, César y Sancha se observaron de una punta a otra de la sala. Las mandíbulas de la joven napolitana sólo se relajaron cuando fue requerida para sentarse a los pies del Pontífice, junto a su marido.

Los bailes devolvieron el calor perdido y a la hora de la cena ya nadie se acordaba del incidente. Desde la mesa habilitada delante de su trono, Alejandro controlaba las demás mesas y sonreía a unos y a otros mientras era servido por varios cardenales, que ejercían de maestresalas; por Sancha, encargada de tenerle la copa; por Guillén Ramón Borgia, a quien le tocó actuar de sotacoperero y por el también valenciano mosén Alegre, que se esmeró en su papel de paje del pañizuelo.

En alegre procesión se trasladaron todos hasta las estancias nuevas del Vaticano, varias de cuyas cámaras habían sido preparadas para la ocasión. En una de ellas descubrieron una fuente ricamente labrada en cuyo fondo podían verse culebras de todos los colores; en la segunda se encontraron con el decorado de un bosque por el que deambulaban varios personajes disfrazados de animales. Entre exclamaciones y risas, los invitados se apelotonaban para ver e identificar a los actores de aquella original puesta en escena. La expectación se disparó al aparecer el unicornio, en el que se adivinaba fácilmente la persona del cardenal Borgia. Los siete animales simularon beber en la fuente y luego, contoneándose, fueron danzando ante el Santo Padre, que no borraba la sonrisa de sus gruesos labios, hasta que, sin dejar de cabriolear, se retiraron.

César regresó poco después, cuando el baile ya había comenzado, y su presencia atrajo todas las miradas. Había cambiado el cuerno y el penacho blanco por un capuz de raso y terciopelo negro con adornos de oro, las calzas carmesíes por borceguíes blancos y los cordones dorados por una rica espada. Antes de irse había solicitado al Pontífice permiso para danzar con su hermana una *alta* y una

baja, y con el permiso concedido caminó hasta ella e hizo una reverencia. Abrieron ambos los brazos a la altura de las caderas y comenzaron a bailar, seguidos de decenas de parejas. Alejandro sonrió emocionado al contemplar a sus dos hijos presidiendo el baile, ejecutando con inigualable elegancia los seis pasitos de *gallarda*, las dos *mudanzas de rey*, la *chacona*, el *canario*, el *pie de gibado*, mirándose a los ojos, él desde su gallarda altura, ella desde su sencilla belleza. Como siempre que una alegría le alborotaba las entrañas, sintió que la felicidad acudía a sus ojos en forma de lágrimas. Los nubarrones que pocos meses atrás cubrían su cielo parecían haber sido disipados por un viento favorable. Ahora su horizonte era diáfano y esperanzador y de nuevo sentía su cuerpo y su ánimo invadido por la infatigable energía que siempre habían tenido. El molesto Savonarola había sido quemado en la hoguera; acababa de apuntalar su poder en Nápoles con el matrimonio de Lucrecia; el deforme rey de Francia había muerto al golpearse en la frente con el marco de una puerta, y el nuevo precisaba del Vaticano un favor que abría a César las puertas de un prometedor futuro. La ausencia de Juan le arañó el corazón, pero reconoció que César sería el brazo fuerte que los Borgia necesitaban. La pieza concluyó, los danzantes se volvieron hacia él y él mostró su aprobación con una leve inclinación de cabeza.

Los bailes se sucedieron hasta que las primeras claridades del nuevo día acariciaron las ventanas de palacio. Entonces el Pontífice ordenó servir alimentos y las mesas fueron nuevamente colocadas. Al igual que en la cena, Sancha se encargó de tener la copa al Santo Padre, aunque en esta ocasión su sotacoperero fue César, y el paje del pañizuelo Jofré, cuyos pelirrojos cabellos se veían alborotados y los ojos enrojecidos por el vino y el sueño.

—Como no sepáis controlar a vuestros servidores me veré obligado a prohibirles la entrada al Vaticano —murmuró César entre dientes aprovechando la cercanía de su cuñada al servirle el vino.

—Mejor haríais —replicó ésta en el mismo tono, sosteniendo la copa que el cardenal llenaba lentamente— en sujetar a los vuestros y que no vuelvan a agredir a los míos. Quizá no les habéis explicado bien que de ahora en

adelante el deber de los soldados del Papa y del rey de Nápoles es ir de la mano.

–No lo repetiré dos veces –amenazó él, forzando una sonrisa para despistar a quienes pudieran estar observándoles–. Un alboroto más y los echaré de Roma. No toleraré, ni a ellos ni a nadie, que empuñen un arma en presencia de mi padre. Quedáis advertida.

La joven hinchó las aletas de su pecosa nariz, apretó los dientes y tendió la copa al Pontífice con la más ancha de las sonrisas.

–Os espero dentro de dos horas en mis aposentos –dijo César al tenerla cerca otra vez.

–Ni lo penséis –rechazó Sancha.

–No seáis estúpida. Las diferencias entre nuestros hombres no son las nuestras.

–No es por eso. ¿Qué queréis que haga con vuestro hermano?

César miró a Jofré, que conversaba con un embajador al tiempo que no quitaba ojo de los deseos de su padre. Profirió un bufido rabioso y, dejando en su puesto a otro de los cardenales, cruzó la sala y salió al pasillo, rumbo a las escaleras.

–¡César!

Se volvió.

–Jofré... ¿qué ocurre?

–César... –dijo acercándose como un perrillo asustado–. Necesito hablar contigo.

–¿Y tiene que ser ahora precisamente?

–Es urgente.

–No lo será mucho cuando has tenido toda la noche para hacerlo.

–César –insistió–. Necesito que me respondas a una pregunta.

–Está bien, dime.

–¿Te estás acostando con mi mujer?

La mirada del cardenal se cubrió de hielo. Tomó aire lentamente.

–¿A qué viene tamaña locura? –preguntó.

–El rumor corre por Roma. Mis escuderos...

–Jofré –lo interrumpió, cerrando por un instante los ojos en un rictus de decepción–. Sabiendo cómo gusta a los romanos el chismorrear y el difamar a todo el mundo, ¿puedes dar crédito a algo así?

–Niégamelo, te lo suplico –pidió el joven con angustia, sin atender a su pregunta–. Líbrame de este suplicio.

–Hermano –dijo colocando una mano sobre su hombro–. ¿También crees que nuestra hermana concede sus favores a nuestro padre y a mí? –la agotada mirada de Jofré se nubló un momento por la confusión–. Eso es lo que desde hace meses viene pregonando su ex marido por todas partes, y en Roma se repite de boca en boca. Dime, ¿crees que es cierto?, ¿eres capaz de pensar aunque sea fugazmente que Lucrecia se acuesta con nuestro padre?

–No, ¡jamás! –respondió enojado.

–Me complace oírtelo decir. Jofré... escucha: nuestros enemigos saben que la única manera de destruirnos es socavarnos desde dentro, sembrar cizaña entre nosotros para debilitarnos y separarnos. Entonces podrán cazarnos como a conejos. Lo intentaron matando a nuestro querido Juan, y no lo consiguieron. Eso les pone nerviosos. Ven que por las armas no pueden derrotarnos y escogen el camino de la infamia para envenenar nuestras relaciones. Nuestra fuerza siempre ha sido la unión. No seas tú el primero en deshacerla.

Jofré parpadeó, atribulado.

–No es mi deseo, pero el que mi honor esté en todas las... incluso he oído que un noble de la ciudad tiene en su salón la cabeza de un ciervo al que llama Jofré.

–Dime su nombre y no podrá llamarlo nunca más.

El joven dudó, abatió la cabeza y asintió. Por encima de ella, César vio a Sancha, inmóvil en el umbral del salón. Sus ojos gritaban un millar de incógnitas y temores.

–Querido Jofré –dijo César–, nuestros enemigos te han elegido ahora a ti porque eres el más joven y te creen débil. Demuéstrales que no es así. Eres un Borgia. Haz honor a tu apellido. Todos te queremos y nos sentimos orgullosos de ti.

Abrió sus brazos con una comprensiva sonrisa y Jofré, tragando saliva, se arrojó a ellos como un náufrago a un tablón.

–¡Hermano...! –exclamó a punto de llorar de emoción.

Envolviéndole contra su pecho, César hizo una seña a su cuñada, que revivió en un suspiro y regresó a la fiesta.

Con el sol ya levantado sobre las colinas de Roma, los novios, acompañados de un buen número de amigos y parientes, se encaminaron a su domicilio, en el palacio de Santa María in Pórtico, muy cerca de la plaza de San Pedro. Las voces, las canciones, las felicitaciones y las bromas quedaron atrás en el momento de cerrar las puertas de su alcoba. Se desnudaron sin la ayuda de pajes ni damas y se tendieron en el lecho, sobre las sábanas y la colcha, uno al lado del otro, cara contra cara, los brazos reposando blandamente en un abrazo abandonado.

–Ya somos del todo marido y mujer –dijo ella.

Los ojos azules de Alfonso sonrieron confirmando las palabras de su esposa. Aunque no se lo dijeron, los dos intuyeron que el otro estaba pensando en la noche de bodas de quince días atrás, cuando eran dos perfectos desconocidos. Qué diferencia de ésta a aquélla. Ni siquiera se explicaban cómo habían podido consumir el matrimonio delante de tantas miradas pendientes de cómo se acariciaban, de cómo se besaban, de cómo se poseían. Él, que se había metido en la cama nupcial temblando como una hoja, siempre le agradecería que le hubiese tranquilizado con palabras dulces, y que le hubiese aceptado con tanto cariño y tanto sosiego. Ella, que temía encontrarse ante un hombre que sólo deseara penetrarla para dejar bien patente su virilidad ante los presentes, jamás olvidaría su mirada sincera y lo que la hizo sentir

cuando, abrazándola con infinita ternura, le susurró al oído: “Vida mía”.

Ahora, en esta noche, en esta mañana de su completado matrimonio, podían resarcirse de aquellos incómodos momentos y tomarse con la pasión y la libertad con que lo habían hecho cada una de las noches posteriores. Pero no lo hicieron. Se quedaron muy quietos, con los dedos entrelazados, sintiendo en el rostro la respiración del otro. Y se durmieron exhaustos de placer.

Roma, lunes 1 de octubre de 1498

Durante casi dos meses, los mejores sastres, plateros y joyeros de Roma dedicaron su actividad exclusivamente a satisfacer los deseos del ex cardenal Borgia. Maestros, oficiales y aprendices trabajaron sin descanso días y noches enteras. Las piezas de seda, de terciopelo, de brocado, de paño de Londres y de Florencia se agotaron en las tiendas y hubo que reclamar urgentemente un envío desde Venecia. Pero al final todos cumplieron con su tarea y los pedidos de César estaban entregados puntualmente en su residencia.

A mediodía del día primero de octubre, todo estaba dispuesto para la partida hacia el puerto de Civitavecchia, en donde aguardaban las seis galeras enviadas por el rey francés. César revisó los documentos que debía portar, los guardó cuidadosamente en las carteras de cuero y depositó éstas en las valijas que esperaban ser cerradas. Caminó hasta la ventana y escrutó el cielo azul y frío que cubría Roma. El futuro estaba a punto de empezar. Sentía dentro de sí que aquel viaje era el primer peldaño hacia la gloria, una gloria que tan sólo a él estaba destinada.

–*Aut Caesar, aut nihil*¹ – pronunció en un susurro inaudible.

Clavó las pupilas en las torres que al fondo del Borgo, al otro lado del Tíber, se dejaban ver diáfananamente entre los edificios. Adivinaba a sus enemigos agazapados, escondidos, temerosos ante el temporal que presentían pero que al mismo tiempo ignoraban de dónde y cuándo llegaría. Desde la muerte de Juan habían bramado sus bravatas por calles y avenidas; habían inundado las plazas de panfletos en los que amenazaban al Papa con acabar con toda su descendencia. Incluso Orsinis y Colonnas habían osado clavar en las puertas de la Biblioteca Vaticana un escrito en el que se aseguraba que el toro de los Borgia pronto perdería a todos sus terneros. Desde que en el pasado agosto el colegio cardenalicio le concediera la dispensa para desvincularse de sus votos, las burlas y las críticas a su ostentación de lujo habían llovido como aguas de abril, pero él las había capeado sin inmutarse, sin perder la calma, sin aislarse, sabedor de que unas y otras eran fruto de la envidia y el temor. A su regreso, si todo acontecía como él esperaba, el toro de los Borgia les embestiría con una violencia que nunca antes habían conocido.

Pasó a su habitación. Sobre la cama esperaban el jubón negro a listas doradas, la capa, la camisa, el gorro negro de terciopelo. Abrió uno de los enormes arcones que guardaban sus ropas y contempló la roja túnica de cardenal que ya nunca más vestiría. No pasó su mano por ella, ni le dedicó una amigable sonrisa. Solamente, sin emoción alguna, la miró unos instantes y después bajó la tapa y llamó a sus pajes para que le ayudaran a vestirse.

Sobre un caballo tordo lujosamente engalanado, al frente de una escolta de honor de treinta gentileshombres, de un centenar largo de escuderos, palafreneros, pajes y músicos, de docenas de caballos, de doce carros y setenta mulos cargados con el equipaje, César Borgia miró hacia los miradores del Vaticano, hacia la figura del Papa,

1. O César o nada.

su padre, quien poco antes le había despedido con un fervoroso abrazo y que ahora, rebosante de dicha, le seguía con la mirada en su lento desfilarse a lo largo del Borgo, del puente de Santangelo, de la Puerta del Popolo.

Una tormenta de salvas rompió la placidez de la mañana cuando las seis galeras asomaron sus proas en el puerto de Marsella. El humo de los cañones se diluía en el aire a modo de efímeras nubes grises. Las velas parecieron sacudirse, sobresaltadas por el estruendo.

—Toda Marsella ha salido a recibirnos —comentó impresionado Ramiro de Lorca.

César, de pie en el puente de la *Louise*, asintió sin abrir los labios, con la vista fija en la muchedumbre que se agolpaba sobre el llano del muelle. El capitán de la nave gritó las últimas órdenes para la maniobra de atraque y luego se acercó al ex cardenal y a su mayordomo mientras el contraamaestre repetía las consignas.

—Jamás había asistido a recibimiento parecido —dijo pasando su mirada sorprendida por la multitud que, ante la proximidad de la flotilla, había comenzado a agitar los brazos y a ondear sombreros y pañolones en medio de un griterío enfervorizado.

César desembarcó y apenas puso pie en tierra fue rodeado por el alcalde de la ciudad y los representantes de las familias más nobles, que colmándole de reverencias y muestras de afecto le condujeron, junto a sus más cercanos colaboradores, hasta el ayuntamiento, del cual le nombraron huésped de honor.

La abrumadora bienvenida que Marsella dispensó a la comitiva del ex cardenal no fue mayor que la que recibió en cada una de las poblaciones que, días después, atravesó en su camino hacia Aviñón, especialmente en aquellas en las que pernoctó. Las gentes se agolpaban en las calles, atraídas por las noticias que en boca de viajeros, mulateros y comerciantes iban llegando acerca de la fastuosidad de la caravana, y por la morbosa curiosidad de

ver en persona al que algunos decían “hijo” y otros “sobrino” del Papa de Roma, Alejandro VI.

La puerta de San Lázaro de Aviñón había sido adornada como pocas veces a lo largo de su historia. Bajo su arco engalanado, el cardenal Giuliano della Rovere fue viendo acercarse el cortejo. A su lado, las principales autoridades de la ciudad contemplaban con creciente inquietud la colorista comitiva que lentamente se aproximaba, preguntándose si los fastos que habían preparado con entusiasmo y con las dos mil coronas de oro rascadas a las exiguas arcas municipales, serían suficientes para honrar a un invitado que se presentaba con la pompa de un emperador.

Presenciando el paternal abrazo con que el cardenal della Rovere recibió a César, nadie hubiera adivinado la vieja rivalidad, la abierta hostilidad que, hasta hacía poco, aquél había mantenido hacia Alejandro y toda la familia Borgia desde mucho antes de que el Papa fuese elegido como tal. El joven alzó los ojos hacia los altos muros de la antigua ciudad papal y, montando de nuevo en su caballo, traspasó sus puertas.

Un manto de guirnaldas colgado de los aleros de las casas a todo lo largo de la calle, y que parecía vibrar por el griterío de la multitud, impedía el paso del sol. Decenas de guardias hacían recular al gentío con el asta de sus lanzas para permitir el avance del cortejo. Al fondo, en una plaza, un bosque recreado artificialmente alrededor de una sonora fuente; en una esquina, de pie sobre un poyo de piedra, un rapsoda vestido como un príncipe lanzaba al aire un chorro de versos compuestos en honor del insigne visitante; en una breve parada, un grupo de comediantes interpretó para el huésped una pieza en la que se le representaba como a un rey; juglares de flexibles miembros cantaron y danzaron delante de los caballos hasta su llegada a la plaza del ayuntamiento.

El postre de la cena de aquella primera noche fue una exhibición de fuegos de artificio que, durante un buen rato, devolvieron mágicamente la luz del día a un cielo negro y cubierto de nubes grises.

—¿Satisfecho? —preguntó della Rovere con sus vivaces ojos alzados al firmamento cuajado de luces.

César giró un instante la cabeza hacia el legado pontificio y, volviéndola de nuevo al espacio iluminado a ráfagas, respondió:

–Por completo, Eminencia.

–Vuestra presencia en Aviñón es sumamente importante. Los preparativos para vuestra estancia –dijo entre explosión y explosión– se han llevado a cabo con todo el cariño y todo el cuidado que vuestra persona merece.

–Cosa que agradezco, Eminencia.

–No en vano no sois un visitante cualquiera. El propio rey de Francia os espera con los brazos abiertos y os hará entrega del ducado del Valentinois y del condado de Diois.

–Os confieso que estoy deseando conocer mis nuevas posesiones.

–En breve podréis hacerlo. Apenas nos separan cuatro jornadas de marcha hacia el norte. Mientras tanto os animo a que disfrutéis de los días que permanezcáis aquí. Mañana está dispuesto que los altos dignatarios de Aviñón os hagan entrega de los derechos de ciudadanía y de un buen número de regalos, algunos de ellos de gran valor.

César miró con curiosidad al cardenal de afilados pómulos disimulados por una corta barba grisácea.

–Han sido trabajados por los mejores plateros de la ciudad –aclaró della Rovere–. También están previstos diferentes festejos, banquetes y visitas a los principales monumentos de la comarca –y, mostrando una ladina sonrisa, añadió–: esto último ha sido propuesto por mi humilde persona, sabedor como soy de vuestros finos gustos y de vuestra afición al arte y la historia.

–Y que yo os agradezco sobremanera, Eminencia.

Un fuerte y furtivo resplandor iluminó sus rostros sonrientes mirándose cara a cara.

–Todo ha sido preparado para vuestro deleite –dijo el cardenal.

César pudo comprobar que así era cuando, a punto de que sus pajes le desnudaran en la lujosa habitación desti-

nada para él, llamaron a la puerta. Instintivamente sus ojos se desviaron hacia la daga colgada de la silla cercana.

—Abre —ordenó a uno de los pajes.

El joven así lo hizo, y la sonriente dama vestida de seda rosa apareció a la luz del candelabro de dos brazos que portaba en una de sus manos. César reconoció en ella a una de sus vecinas de mesa durante la populosa cena. Enarcó una ceja, caminó hasta la puerta y le rogó gentilmente que pasara. Sin necesidad de indicación alguna, los dos pajes se retiraron discretamente, riendo por lo bajo.

Durante los diez días que César permaneció en Aviñón, no hubo uno sólo en que no se viera acompañado por un ramillete de jóvenes damas, pendientes en todo momento de amenizar sus comidas, paseos, excursiones y veladas y de hacer más llevadera la soledad de sus noches, turnándose rigurosamente en cada una de ellas, de forma que cuando él y su séquito abandonaron la ciudad rumbo a las orillas del Ródano, dejaron tras de sí una población agotada de festejos, una corporación municipal angustiada por los incontables gastos, y un puñado de maridos y prometidos con la frente mancillada por las atenciones que sus novias y mujeres habían tenido para con el futuro duque del Valentinois.

En Valence, su siguiente gran parada y capital de su ducado, se devanaron los sesos haciendo cuentas para averiguar la manera de reunir los florines, ducados y coronas necesarios para presentarse dignamente ante sus ojos y estar a la altura de las circunstancias. Comenzaron por obsequiarle con barricas del mejor vino de la zona, candelas de cera y una amplia variedad de confites, y después, aprovechando que la comarca era rica en vinos y alimentos, quisieron ganarse su estimación por medio de su estómago colmándole de banquetes. En uno de ellos, César y los suyos vieron, entre atónitos y satisfechos, cómo hasta la larga mesa iban llegando, en una procesión que parecía no tener fin, veinticuatro conejos, veintiocho capones, dieciséis patos, dos docenas de perdices rojas y catorce de blancas, veintiocho tórtolas, treinta y seis becadadas, media docena de lebratos, una docena de pavos

reales, diez faisanes, un muslo de ternero y otro de buey, quintal y medio de tocino, dieciocho platos de gelatina con lengua de carnero, los mismos de pastel de capón e idéntica cantidad de pastel de alondra y de membrillo, más fuentes de tortas y cremas a la inglesa, almendras, naranjas, uva, ciruelas, dátiles, granadas y un surtido de otros muchos frutos.

—Espero que todo esté a vuestro gusto —dijo inclinándose hacia él el alcalde, sentado a su derecha.

—No podría exigir nada más variado ni más suculento —respondió César, al tiempo que intercambiaba un guiño cómplice con Agapito Gerardino di Amelia, su secretario, y con Gaspere Torrella, su médico particular, quienes, intercalados entre los nobles, damas, hidalgos y religiosos, sonreían por la voracidad con que un par de obispos devoraban todo lo que caía en sus manos. Micheletto captó la gracia y bajó la cabeza, para no echarse a reír. En uno de los ángulos de la mesa, el cardenal legado della Rovere comía sin alterar su adusta expresión.

Al partir días más tarde hacia Lyon, César se sentía tremendamente dichoso. Su séquito no había sufrido percance alguno, los recibimientos estaban siendo fabulosos y las tierras de su ducado eran hermosas y productivas.

El lugar pactado con Luis XII para el encuentro era la ciudad de Chinon, en la ribera derecha de un afluente del Loira. Hasta allí las etapas fueron largas y jalonadas de un entusiasmo popular que no cesaba y que hacía que cada pueblo, cada villa, cada ciudad por la que la comitiva pasaba, se desviviera en regalos y aclamaciones. Por fin, a mediados del mes de diciembre, los tejados de Chinon aparecieron a la vista de los italianos, al pie de la colina dominada por el castillo cuyas murallas y almenas se reflejaban en las aguas del río.

Era el final del trayecto, el día más importante desde que dos meses atrás desembarcaran en Marsella, dos meses en los que hasta la aldea más remota de Francia había llegado el eco del esplendor del cortejo y el asombro de las gentes. Los habitantes de Chinon aguardaban con ansiedad. Durante semanas habían oído hablar maravillas del lujo que envolvía a la caravana del duque y de la

apostura de éste. Y en aquella mañana fría comprobaron boquiabiertos, febriles, emocionados, que nadie había sabido expresar tanto esplendor. Doce carros cargados de cofres, arcas y baúles cubiertos de ricas telas; veinticuatro mulos con las armas de los Borgia grabadas en las preciosas gualdrapas, seguidos de otros veinticuatro con los colores rojo y amarillo del rey de Francia, de doce con las coberturas de raso amarillo listado y diez de paño dorado... Alguien preguntó a viva voz que si los animales iban engalanados de tal manera, cómo lo harían los nobles. Un rotundo pisar de cascos hizo que la multitud se alzase sobre la punta de los pies para contemplar lo que desde el fondo se anunciaba en confundidas exclamaciones. Un tropel de caballos andaluces, provistos de bridas de plata, flecos dorados, gualdrapas de terciopelo y de brocado pasaron conducidos del ronزال por sus palafreneros.

—¡Ningún rey ha exhibido jamás tanta riqueza! —gritó un hombre al ver desfilarse ante él a los dieciocho pajes a caballo, vestidos de terciopelo carmesí y sayones listados de brocado.

—¡Dios Santo qué hermosura! —exclamó una joven con los ojos desorbitados clavados en los dos últimos jinetes, cuya juventud y belleza destacaban escandalosamente.

—Serán los favoritos del duque —pronunció a su lado un anciano desdentado, provocando un alud de malévolas carcajadas.

Los collares de oro de los sesenta escuderos ataviados de terciopelo negro deslumbraron y despertaron la codicia.

—¿Veis esos cofrecitos? —preguntó un hombre a los que lo rodeaban, siguiendo con la mirada los pequeños cofres que dos mulos, igualmente aderezados de vistosos mantos, llevaban sobre sus lomos—. Pues están llenos de joyas para pagar a las amantes del duque, que se dice son cientos.

—¡No digas bobadas! —replicó otro—. ¡Ahí dentro van bulas del Papa e indulgencias, todo el mundo lo sabe!

—¡Ignorantes! —intervino un tercero, emparedado entre un sujeto altísimo y una mujer de blancas y blandas car-

nes que no dejaba de hacer muecas de admiración—. ¡En esas arcas van las reliquias de al menos tres santos!

Los treinta gentileshombres romanos de la escolta de honor de César, erguidos sobre soberbios corceles, acallaron todas las disputas. Sus collares de oro bien puestos sobre el pecho eclipsaban a los que poco antes habían lucido los escuderos. Obispos, cardenales, nobles franceses, autoridades... La proximidad del duque se fue adviniendo en el eco intermitente de silencios y gritos que, al igual que una ola, iba corriendo entre la muchedumbre. La inminencia de su cercanía hizo que se echaran unos encima de otros, que los guardias golpearan a los que rebasaban el invisible cordón de seguridad, que se produjeran tumultos, que las aclamaciones alcanzasen el histerismo.

—¡Dios Santo de los Cielos! —exclamó con la voz entrecortada un artesano que no podía creer lo que estaba viendo—. ¿Habéis visto el brillante de su sombrero? ¡Tiene el tamaño de una naranja!

—¡Solamente con el oro que esa yegua lleva en la manta que le cubre podría comer toda Francia durante un lustro! —dijo otro mientras la figura del duque continuaba su paseo triunfal, alejándose, lento y solemne, entre dieciocho palafreneros a pie, vestidos como príncipes.

—¿Y sus botas? ¿Habéis visto sus botas?

El clamor de los ciudadanos de Chinon ascendía como bocanadas de fuego hasta la ventana del castillo en la cual el rey Luis, discretamente asomado, seguía el avance del aparatoso cortejo. Sus labios se estiraron en una sonrisa torcida.

—*Trop de tralala pour un simple duc*¹ —comentó con sentida mordacidad.

A sus espaldas, los cortesanos que le acompañaban sonrieron con igual burla.

—*Quel vain étalage de richesse!*² —dijo uno de ellos.

1. Demasiada parafernalia para un simple duque.

2. ¡Qué vana ostentación de riqueza!

–*Quel manque de mesure!*³ –apostilló otro.

–*Messieurs...* –dijo el rey–. *Laissons nos jugements et allons recevoir dûment le fils du Saint Père*⁴.

Poco después las puertas del salón se abrieron y César Borgia penetró en él rodeado de una representación de nobles romanos, avanzó en solitario hacia el monarca sentado en su trono y, despojándose del deslumbrante gorro, se inclinó en una respetuosa reverencia. Luis XII respondió quitándose su birreta y, cuando el hijo del Papa puso una rodilla en tierra con intención de besarle el pie, cortó la acción tendiéndole la mano, en cuyo dorso el joven posó los labios.

Al tener en sus manos el ansiado documento, Luis XII esbozó una sonrisa triunfal. César, sentado frente a él, se complació del gozo del monarca. Cuanto más satisfecho se encontrase, más predisposto estaría a ayudarle en sus pretensiones.

–Por fin podré librarme de mi maldita esposa –dijo sin pudor alguno. Ante el gesto del italiano, Luis consideró oportuna una explicación–. No me tachéis de bárbaro, primo. Respeto sinceramente a las mujeres, pero hacia la mía siento, siempre he sentido la más horrenda aversión –negó con la cabeza, como ahuyentando desagradables recuerdos–. Fui encarcelado por negarme a casarme con ella, y para recuperar mi libertad no tuve más remedio que desposar a esa... a ese engendro del infierno. Juana de Valois es tan deforme y grotesca como lo era su difunto hermano Carlos. ¡Era un deshonor para Francia el tener por rey a semejante jorobado de patas de sapo! Murió como se merecía semejante monstruo: descabezado contra el dintel de una puerta, como un vulgar albañil, como un obrero borracho.

3. ¡Qué falta de medida!

4. Caballeros. Dejemos nuestros juicios y recibamos debidamente al hijo del Santo Padre.

César esbozó una sonrisa seca, falta de toda aprobación.

–No sé cómo la pobre Ana pudo soportar el estar casada con él siete años sin perecer de asco. ¡Cuatro hijos llegó a darle! Por fortuna para ella, ahora podré desposarla y tendrá a su lado a un verdadero hombre. Ella me dará los herederos que no pudo darme Juana... ¡gracias doy ahora al Cielo por ello! –dejó escapar un rugido de repugnancia–. Jamás pude poseerla –reveló en tono de íntima confianza–. Era tal la repulsión que me causaban su suciedad y su cuerpo retorcido que no se me... vos ya me entendéis.

César asintió. Luis extendió ante sí, nuevamente, la cédula salvadora.

–Me va a parecer mentira tener cada noche, para mí sólo, el cuerpo divino de Ana –dijo el rey–. No es que hasta hoy me hayan faltado mujeres calentando mi lecho... ni que me vayan a faltar de vez en cuando de ahora en adelante –rió–, pero ninguna como Ana. Os agradezco infinitamente que hayáis sido el portador de tan venturosa licencia. Para mí es como si me despojaran de las más hirientes cadenas. Pero hablemos de vos –exclamó de repente, apartando el papel–, hablemos de vuestras intenciones matrimoniales.

–Las conocéis muy bien, Sire.

–La princesa Carlota de Aragón...

–La misma.

Luis arqueó las cejas.

–He de adelantaros que su padre no parece muy conforme en concederos su mano.

–El rey de Nápoles es un hombre de reflejos lentos –apuntó César–. Es preciso hacerle entender que el casamiento de su hija conmigo será provechoso para él. Constará con el brazo fuerte de un yerno y con el respaldo del Vaticano. Muchos se conformarían con bastante menos.

–Y a mí me corresponde llevar a cabo esa labor de mediador –dijo el rey entornando los ojos en un gesto de avezado mercader.

–Nadie mejor que vos, Sire. Carlota vive en vuestra corte. Quizá tengamos que ganarnos a su padre por medio de ella. En prueba de mis intenciones le he traído cofres llenos de regalos.

–Sabéis cómo tratar a una mujer, sin duda.

El arzobispo Bernardo Buongiovanni, médico de cabecera del Papa, reparó en las marcadas ojeras que el Santo Padre presentaba aquella mañana.

–¿Os encontráis bien, Su Santidad?

–¿Por qué lo decís? ¿Acaso mi camarero no me ha rasurado como es debido? –bromeó el Pontífice.

–No es eso –sonrió el arzobispo–. Os encuentro... con aspecto cansado.

Alejandro contuvo la sonrisa que luchaba por aflorar a sus labios. Si el bueno de Buongiovanni supiera que había pasado la noche con Julia Farnesio, seguro que daba por resueltas sus inquietudes. Por un momento, los recuerdos más ardientes de las horas con su joven amante le encendieron la sangre.

–No os alarméis –tranquilizó–. No he dormido bien, eso es todo.

–¿Preocupaciones?

–Entre otras cosas.

No mintió del todo. Desde hacía algunas semanas, las noticias que llegaban desde Francia no eran las que hubiera deseado.

–Las cosas en la corte francesa no están saliendo como esperaba –confesó, ensombreciendo el gesto.

–¿Le ha ocurrido algo a vuestro hijo?

–Tan sólo que la dama pretendida como esposa no accede al matrimonio. Se ve que unir la casa de Aragón con el apellido Borgia no le ilusiona.

–Tal vez el rey Federico también haya influido.

–Estoy seguro de ello, pero nada podemos hacer.

—¿Y ahora?

—El rey Luis ha propuesto a César dos nuevas candidatas, ambas primas suyas: la chiquilla Germana de Foix y Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra.

—¿Y qué piensa vuestro hijo?

—Lo único que sé de él es que está enrabiado y que pasa los días cazando y disputando torneos. Por cierto —apuntó con orgullo—, por lo que me dicen mis informadores, hasta el momento no ha habido caballero que haya logrado derrotarle.

—No es fácil hacerlo. Hay que estar a mucha altura para vencer a nuestro querido César con las armas.

—Rezo porque la ira no le ciegue a la hora de elegir esposa. Es un trámite delicado.

—¿Cuál de las dos le conviene más?

—Lo he dejado en sus manos. Sin la de Aragón, la verdad es que cualquiera de las dos me da igual. Que él escoja. Lo importante es que venga con una esposa. Y cuanto más cercana al rey de Francia, mejor.